

El origen de la raza mapuche..., la historia del primer copihue..., fábulas que unen al hombre y a los animales..., maravillosas historias acerca de los astros...

Un conjunto de hermosos relatos a través de los cuales nos acercamos a las costumbres, creencias, ritos y tradiciones mapuches.

En 1984, este libro mereció figurar en la lista de honor de la Organización Internacional para el Libro Juvenil, distinción que se otorga anualmente a las obras que han tenido, por su calidad literaria, un interés infantil.

A PARTIR DE 11 AÑOS
NIVEL 3



9 789561 311527

ISBN 956-13-1152-6

ILUSTRACION DE PORTADA: Thomas Gerber



Alicia Morel

CUENTOS ARAUCANOS

LA GENTE DE LA TIERRA



ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Primera edición, 1982
Segunda edición, 1989
Tercera edición, 1992
Cuarta edición, 1993
Quinta edición, 1995
Sexta edición, 1996
Séptima edición, 1997
Octava edición, 1999
Novena edición, 2000
Décima edición, 2002

© ALICIA MOREL

© EDITORIAL ANDRES BELLO
Av. Ricardo Lyon 946, Santiago de Chile
www.editorialandresbello.cl
info@editorialandresbello.cl

Inscripción N° 55.009

Se terminó de imprimir esta décima edición
de 3.000 ejemplares en el mes de marzo de 2002

IMPRESORES: Productora Gráfica Andros Ltda.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ISBN 956-13-1152-6

ALICIA MOREL

CUENTOS ARAUCANOS

LA GENTE DE LA TIERRA

ILUSTRACIONES DE
ANDRES JULLIAN



EDITORIAL ANDRES BELLO
Barcelona • Buenos Aires • México D. F. • Santiago de Chile

INDICE

<i>Prólogo</i>	9
✓ La gente de la tierra	13
✓ Leyenda de las lamparitas	23
✓ Las dos serpientes de la tierra del sur	31
✓ El pequeño Zorro hambriento	39
✓ Cuando el Sol y la Luna olvidaron la Tierra	49
✓ El espíritu del lago	75
✓ Piñoncito	83
✓ El Zorro y el Cangrejo	89
<i>Apéndice</i>	93

PROLOGO

Los mapuches, que quiere decir "gente de la tierra", por "mapu", tierra, y "che", gente, ocupaban una gran zona del cono austral de América del Sur, que abarcaba la parte central de Chile y Argentina.

Según su ubicación geográfica, se denominaban entre sí como "huilliches", gente del sur; "puelches", gente del este; "ranculches", gente del carrizo; "picunches", gente del norte; "pehuenches", gente del pehuén o araucaria, etc.

Para ellos tenían gran importancia los puntos cardinales y orientaban la construcción de sus rucas según éstos. Así, la puerta principal se abría al oriente; sus cobijas tenían la cabecera hacia la salida del sol y nunca de norte a sur o al contrario, porque según sus creencias, la primera ubicación daba vida y estaba protegida por los espíritus bienhechores, y la segunda traía enfermedades y hasta la muerte, porque "el sur es el punto por donde desaparecen los vivos, visitados de improviso por los malos espíritus que de allí vienen". (Tomás Guevara.)

Entonces no había límites definidos, como ahora, entre los países. Las guerras y escaramuzas hacíanse entre caciques, tribus o confederaciones de tribus; la causa de sus peleas era principalmente por raptos de mujeres o por razones de supervivencia, al disputar un terreno apto para la agricultura y rico en plantas y árboles de los que sacaban su alimentación.

Subsisten sólo los mapuches que viven en Chile, ya que los llamados "pampas" argentinos fueron exterminados por las continuas guerrillas en su contra, la última de las cuales la dirigió el General Roca en 1879.

En Chile los mapuches viven desde el sur de Bío-Bío hasta Puerto Montt, ocupando diversos puntos en la precordillera de los Andes y en la costa.

Los que aún mantienen el lenguaje, los ritos y costumbres no pasan de los 200.000, aunque se considera que el total de mapuches asciende a unos 500.000, siendo estas cifras inseguras.

Otro punto discutible es el de la homogeneidad racial de los mapuches; si bien hablaban la misma lengua y practicaban parecidas costumbres, pueden haber tenido diferencias étnicas. Hay muchas teorías sobre el origen de las razas americanas que no corresponde tratar en este prólogo.

Sólo añadiremos que sin los pacientes y sabios investigadores que se dedicaron a lo largo de tres siglos al estudio de la lengua mapuche y a observar sus costumbres, ritos y tradiciones, no habríamos podido hacer la adaptación de sus her-

mosas creencias, llenas de espiritualidad. Estos pueblos no tuvieron o no alcanzaron a tener, como suponen algunos indigenistas, lenguaje escrito; al recoger su tradición oral se salvó en parte la misteriosa mitología cuyos orígenes se pierden en la prehistoria.

A. M.



LA GENTE DE LA TIERRA

(Leyenda sobre el origen de la raza mapuche)



AS abuelas de las tribus mapuches cuentan cómo se formó la gente de la tierra. Sus cualidades más notables, la fuerza y la astucia, dicen que las heredaron del puma y de los zorros de la siguiente manera:

Hace muchos años un indio convidó a sus hijos, niña y niño, a subir a la montaña a recoger piñones.

Aunque los niños eran de corta edad, podían ayudar metiéndose en lugares estrechos o bajando a las quebradas para juntar el fruto que durante el invierno les serviría de alimento.

Partieron con sacos y canastos, arriando un par de guanacos para cargarlos con la cosecha.

Todavía no se dejaban caer las lluvias, aunque el otoño comenzaba. Los días habían estado calurosos y mientras subían a la montaña, escuchaban el estallido de los piñones, en lo alto de las araucarias, lanzando por el aire su carga de sabrosas semillas.

El padre y los niños celebraban con gritos y risas cada estallido de los piñones, que como lluvia, caían a la tierra, entre la hojarasca.

—¡La cosecha será muy buena, con este tiempo seco! —celebró el padre—. Estaremos varios días por allá arriba, en el gran bosque.

Y contó a los niños que los piñones eran regalo de los espíritus protectores, lo mismo que las fresas silvestres, las papas, las avellanas y la deliciosa murta, que además de ser una planta linda de mirar, carece de espinas.

En el gran bosque buscaron un lugar donde dormir y luego se pusieron a recoger piñones que ese año se habían dado especialmente grandes y de cáscara firme y dorada.

Y estaban en medio de su tarea cuando de pronto el tiempo cambió. Sopló el viento norte, los nubarrones aparecieron unos más negros que otros por detrás de los cerros como si alguien los fabricara sin cesar.

Y aunque el padre y los niños se apresuraron a llenar sus sacos y canastos para descender luego al valle, el temporal los sorprendió en plena cordillera. Al poco rato los riachuelos se transformaron en torrentes y los ríos en grandes avenidas. El Hacedor de lluvias, montado en sus nubarrones, hizo caer un verdadero diluvio.

—Vamos a refugiarnos en una roca alta —dijo el padre, indicando un enorme peñasco que sobresalía como una plataforma sobre la quebrada. Ayudó a los niños a trepar, pero ni él ni los guanacos cargados de frutos alcanzaron a subir y un

torrente los arrastró en sus aguas, que retumbaban con todas las voces desatadas de la montaña.

Los niños lloraron a gritos, abrazados sobre la roca, al ver desaparecer a su padre y a la pareja de guanacos que criaron desde pequeños; pero sus llantos no hacían sino aumentar la furia de las aguas. El Hacedor de lluvias reía con largos truenos y dejaba caer culebrillas relampagueantes para iluminar el desastre; el espectáculo de los pueblos arrasados y de los hombres y animales que se ahogaban parecía producirle una gran felicidad.

Pasaron muchas horas, tal vez días, y los indiecitos se sintieron condenados a morir de hambre y frío en su refugio. La tempestad aumentaba a ratos y luego decaía sólo para cobrar nueva fuerza. Los valles empezaron a inundarse y casi toda la gente murió.

Cuando los indiecitos ya desfallecían pensando que el torrente se los iba a llevar también, algo chocó fuerte contra la roca; como estaba muy oscuro, no podían saber qué era y tuvieron aún más miedo al oír que aquello crujía y raspaba la piedra como una garra gigantesca.

A la luz de los relámpagos se dieron cuenta de que se trataba de las ramas de un árbol, un inmenso coihue centenario descuajado por el temporal, que se atajó en la roca al venir aguas abajo.

Los niños, acostumbrados a atravesar los ríos en canoas y leños, no dudaron en subir a aquel navío arbóreo, que elevaba sus ramas como más-

tiles y cuyo tronco se veía ancho y largo como un puente.

Se refugiaron entre el ramaje para protegerse de la lluvia, justo a tiempo. El árbol continuó aguas abajo con su nueva carga. Traía ya otros seres a bordo: los niños descubrieron entre las hojas no sólo nidos con sus huevos, sino a numerosos animalitos que se habían agarrado a los ramajes. Conejos, cururos y hasta una culebra, temblaban amansados por el miedo, junto a los pequeños indios.

Hasta el día siguiente, cuando aclaró un poco, no descubrieron que en el árbol también iban un puma y una zorra, de las llamadas "chillas" por su modo de aullar.

—Estoy hostigado con la carne de conejo —insinuó el Puma cuando vio a los niños.

—Creo que debes seguirte hostigando, como yo de los cururos —contestó la Chilla con una sonrisa maliciosa.

—¿Qué piensas, dime? —se asombró el Puma, entrecerrando los ojos.

—Tenemos fama de sanguinarios, amigo. Creo que esos niños se han salvado por algún favor de las estrellas y ha llegado el momento en que nosotros subamos de categoría.

—¿Qué te propones? —preguntó el Puma.

—Me propongo y te propongo que los cuide-mos y criemos y que sean nuestros hijos —respondió la Chilla irguiendo la cabeza.

—¿Pero cómo puede ser eso? —rugió el Puma escandalizado.

La Chilla, que acababa de perder su camada de zorritos en la inundación, contestó:

—Yo... les daré la leche que ya no tomarán mis pequeños. Y tú les enseñarás, como a tus cachorros, a ser los más fuertes y valientes de la Tierra, los más orgullosos que jamás se entregan.

El Puma meditó un rato agitando su cola.

—Con mi leche les transmitiré mi inteligencia y mi astucia —continuó la Chilla—. Es nuestra oportunidad.

Y empezó a acercarse lentamente a los niños, deteniéndose cuando ellos abrían demasiado los ojos o lanzaban un grito de miedo. Se restregó contra sus piernas y luego se echó al suelo, mostrando que tenía abundante leche.

Luego se aproximó el Puma con mayores cuidados, sintiendo que ya era famoso por esta acción.

Los niños, que no habían comprendido el lenguaje de gruñidos de los animales, no entendieron al comienzo su intención. Se extrañaron de que el Puma les pusiera en el pecho una pata sin garras, haciéndoles un cariño algo torpe y que la Chilla se diera vueltas en el suelo jugando, mientras los miraba con su expresión astuta, característica de la familia de los zorros.

Como llevaban días sin comer, no tardaron en tomar confianza y beber la leche que la Chilla, de manera evidente, les ofrecía. Y junto con este alimento, entendieron el lenguaje de los animales.

Viajaron varios días en el árbol gigante. Los pájaros venían a pararse en sus ramas y otros

animales treparon al tronco salvador, sin saber que entre el ramaje se escondían el Puma y la Chilla.

Los niños construyeron una ruca y el sol entraba por la puerta que daba al oriente y salía por la del poniente, según la antigua costumbre de la gente de la tierra, que respeta los puntos cardinales y tienen al número cuatro como sagrado.

Cuando por fin el Hacedor de lluvias se cansó de galopar sobre las nubes y regresó a su escondite detrás de los cerros, las aguas empezaron a bajar y los ríos a volver a su cauce. Entonces el coihue se enterró en el barro como un navío que encalla y cuando el viento secó la tierra, el Puma, la Chilla y los niños saltaron del tronco y buscaron un valle escondido donde vivir.

Lo primero que hicieron, aun antes de construir otra ruca, o de buscar una cueva donde habitar, fue poner nombre a los hijos adoptivos. Nombres mágicos que los protegerían para siempre. Al niño lo llamaron Manque, el cóndor que planea en el cielo vigilando la tierra y a la niña, Melipal, como a la Cruz del Sur.

La Chilla les habló de buscar otros alimentos. Y los niños recordaron las palabras de su padre, sobre lo que la naturaleza regala: los piñones, las fresas silvestres, las papas, las avellanas y la murta. Pero como reinaba el invierno y las aguas habían arrasado con los frutos, siguieron alimentándose con la leche de la Chilla y con la carne que el Puma les traía.

Pronto fueron expertos cazadores con las enseñanzas de su padre adoptivo; aprendieron a seguir los rastros, a oler el viento, a percibir los signos de la naturaleza. El Puma empezó a jugar con ellos para que supieran defenderse, siendo distintos de los que enseñó al niño los juegos y luchas que mostró a la niña.

Cuando llegó la primavera y floreció la selva y se dieron los primeros frutos, la Chilla dejó de dar leche a los niños y se alimentaron de hierbas y raíces, de peces de los riachuelos, de aves de las lagunas, de huevos silvestres, de animalitos que ellos mismos conseguían. La Chilla les enseñó todas sus mañas: cómo atraer a los gansos curiosos, revolcándose en el suelo y moviendo las patas; cómo poner trampas y redes, imitar cantos, en fin, el arte refinado de cazar para comer.

Además, les dieron lecciones más importantes, que Melipal y Manque nunca olvidaron.

—Hay que sonreír siempre, como lo hago yo —les advirtió la Chilla una noche que reposaban junto al fuego—. Es muy importante la cara, sobre todo si estamos delante del enemigo.

—Tú sonríes demasiado —interrumpió el Puma—. Es preferible una expresión indiferente; así no saben lo que pensamos. Pero cuando uno tiene que atacar, la furia debe brillar en los ojos y en todo el cuerpo. Otras veces se necesita el silencio y preparar cada músculo para sorprender al enemigo, así —y el león mostró la actitud en acecho.

Y mientras el Puma les dio clases sobre las

tácticas de guerra, la Chilla les enseñó las astucias de la diplomacia.

Cuando estuvieron bien entrenados para el enemigo, Melipal preguntó un día:

—¿Y no tendremos amigos, también?

Los dos animales, preocupados más de la defensa según la ley de las selvas del sur, se miraron sorprendidos:

—¿Amigos? —dijeron a coro.

Los niños se pusieron a reír al ver sus expresiones: a la Chilla se le enchuecó la risa y al Puma se le pusieron ojos de pescado.

—Son importantes los amigos también en la guerra —exclamó Manque—. Hay que confiar en alguien y tener aliados.

—Supongo que no viviremos en guerra siempre —añadió Melipal.

El Puma consideró que había que pensar lo de los amigos y se alejó por el bosque en busca de un arroyuelo.

—El correr del agua mueve mis pensamientos —dijo.

La Chilla, en cambio, empezó a darse vueltas para pillarse la cola donde le picaba una pulga; y esto también le removió los sesos.

Al final de la tarde, los niños escucharon los consejos de sus padres adoptivos.

—Hay que oler bien a los recién conocidos antes de llamarlos amigos —dijo el Puma—. El olfato no engaña.

—Conviene más oír que contar nuestros secretos —agregó la Chilla.

—Si nosotros somos verdaderos, ningún mentiroso nos engañará —sentenció el Puma—. Cuidado con ese deseo de escondernos de nosotros mismos que a veces nos domina.

—El olor de la mentira es fuerte y desagradable —exclamó la Chilla—. Aunque el mentiroso se adorne y disimule, su engaño aparecerá en cada movimiento y gesto que haga.

—No es un olor del cuerpo, sino del alma —explicó el Puma viendo la expresión de los niños.

—Los amigos son como hermanos, ni más arriba ni más abajo que nosotros —advirtió la Chilla.

—La verdadera igualdad sólo se consigue en el amor de los amigos —concluyó el Puma, dando un suspiro por lo mucho que había pensado.

—Ahora conocemos la guerra y la paz —dijo Manque— y podemos salir del valle a buscar a otros niños como nosotros.

—Parece que ha llegado la hora de despedirnos —murmuró la Chilla con tristeza.

Resolvieron esperar la luz de pleno día para un momento tan importante.

Contrariando sus costumbres nocturnas, el Puma y la Chilla salieron de sus madrigueras cuando el sol lució en el cenit. Se sentaron muy erguidos frente a Manque y Melipal y dijeron sus últimas palabras:

—De ahora en adelante ustedes son "la gente de la tierra", los mapuches que llevan en su sangre la fuerza y la valentía del puma. Este es un

pacto para siempre entre la raza de ustedes y la mía —dijo el Puma.

En seguida habló la Chilla:

—También llevan en su sangre la astucia de los zorros. Los hijos de ustedes nos mirarán con simpatía, porque en cada uno de ellos la leche que les di gritará que fui su madre.

Melipal y Manque abrazaron a sus padres adoptivos y ellos lamieron sus caras y sus manos como última despedida.

Tuvieron que caminar mucho para encontrar valles fértiles donde algunos niños y niñas vivían, también salvados de las aguas por otros animales. Cuentan que a los de las islas los libraron de ahogarse los delfines.

De esta manera se volvieron a formar las tribus y los mapuches fueron la gente más valiente y astuta y nadie los pudo vencer jamás en la guerra. De padres a hijos se transmitieron esta historia hasta que se transformó en leyenda y ellos saben que descenden de los pumas y los zorros.



LEYENDA DE LAS LAMPARITAS



EN una profunda caverna, cerca del cráter de un volcán, vivía el Gran Brujo, atormentado por sus maldades.

Era como el jefe de los brujos menores y de los brujitos. Pasaba inventando diabluras más o menos graves.

La gente de los valles le tenía miedo porque creían que era el causante de todas sus enfermedades y de la muerte de sus rebaños de llamas y guanacos y de sus aves de corral. Muchas veces sucedían desgracias de las que el Brujo era inocente; pero de todas maneras él y sólo él sembraba la mala suerte en los campos.

Para tenerlo contento, le dejaban afuera de sus rucas cántaros llenos de "mudái", especie de chicha que al Gran Brujo le encantaba.

Cuando la noche estaba más oscura, solía bajar de la cumbre montado en una ventolera. Al pasar por lo más espeso del bosque encendía miles de lamparitas rojas con el fuego que traía del volcán, y así no perder el camino de vuelta.

—Vendré muy borracho —murmuraba para sí— y las luces me guiarán hasta mi caverna.

El Brujo no se medía para tomar. Vaciaba jarro tras jarro de chicha hasta que no se daba cuenta ni por dónde andaba. Era la única manera de olvidar todas las maldades que hacía y la rabia que se le retorció como culebra en el corazón. Esta rabia no tenía explicación; tal vez fuera la semilla de su propia brujería.

El mudái lo hacía volar dulcemente en torno a las rucas y cantaba unas canciones muy tontas y desafinadas:

*Soy un gorgorito
que se lleva el viento
y tengo cosquillas
de puro contento.*

Hasta los niños, envueltos en sus mantas, despertaban y se reían del Brujo. Sabían que estando borracho no hacía daño a nadie. Y las risas infantiles caían como agua pura en el alma negra del Brujo; sentía una alegría rara al escucharlas, una especie de felicidad que le recordaba bosques vírgenes, frutos maravillosos, el nacimiento de las vertientes, que conoció cuando él era un recién nacido y no había hecho ninguna maldad todavía.

Entonces se preguntaba:

—¿Por qué tuve que ser malo? Ay, mi madre fue una serpiente y mi padre un diablo, ¿qué otra cosa podía ser yo sino un malvado brujo?

Y luego añadía con sonrisa lagrimosa:

—Pero nací bueno... Lo recuerdo.

Y como los borrachos pasan de la risa al llan-

to sin motivo, el Brujo se ponía a llorar sin consuelo y regresaba con lentos bamboleos a su casa.

Y en el camino de vuelta, olvidábase de apagar las lamparitas que dejara colgando de los ramajes igual que campanillas. Así, durante casi todo el año, la selva lucía hermosas luminarias, hasta que llegaba el invierno con sus lluvias interminables. Una a una las luces se iban apagando y el Brujo, al no tener guía, se ponía a dormir todas sus borracheras en el corazón caliente del volcán.

Los hombres y los animales descansaban de males y terrores.

De este modo pasaron muchos soles y lluvias y el Brujo, con su mala voluntad, se puso más y más perverso. También se puso más tonto; y un tonto malo y poderoso es el peor azote que pueden tener los hombres y los seres de la naturaleza.

Y sucedió que un año llovió más de la cuenta y el verano se atrasó. El Brujo tuvo que esperar para encender sus lámparas y como le hacía falta su bebida favorita, se puso de un genio espantoso. Aullaba en la cima de la montaña, arrojando piedras y cenizas. Su amigo, el gigante Cheruve, hacía otro tanto, lanzando lava y agua hirviendo a los valles, y robando niñas pequeñas para comérselas.

Cuando por fin llegó el buen tiempo, hubo más lamparitas que otras veces en el bosque. Y el Brujo, al no encontrar toda la bebida que necesitaba para apagar su tremenda sed, se vengó de

los campesinos enterrando sus dedos negros en las siembras de papas.

—¡Qué peste más terrible! —se quejaban las mujeres al recoger las cosechas y encontrar las papas podridas—. ¿Qué comeremos este año?

Y pensaban en sus niños que pasarían hambre.

Se reunieron los jefes y dueños de las tierras para decidir qué hacer con el malvado Brujo.

El más joven dijo:

—Dejémosle el mudái junto a los matorrales; nosotros estaremos escondidos ahí y cuando esté borracho, le damos la paliza. A ver si así no regresa.

Algunos dijeron que sí y otros que era muy peligroso apalearlo al Brujo, porque podía convertirlos en ranas o en peces.

—¡Y hasta en piedras! —gritó otro más miedoso.

El de mediana edad aconsejó:

—Le pondremos algo amargo como el natre en la chicha, una yerba que le dé dolor de estómago y le quite para siempre las ganas de tomarla.

Pero también hubo razones en contra: al no hallar la bebida de su gusto, podría vengarse de manera terrible, robando los animales o matándolos.

Entonces habló el más anciano:

—Creo que tendremos que juntarnos todas las criaturas de la Tierra para ganarle al gran Brujo del demonio. Quiero decir que tenemos que

reunirnos con nuestros animales protectores del aire, de la tierra y del agua. Y también será necesario invocar a los buenos espíritus de las selvas. Entre todos, tal vez podamos echarlo para siempre de nuestros valles.

Esta vez los jefes, los campesinos y los jóvenes estuvieron de acuerdo.

—La violencia nunca es una solución —concluyó el anciano—, un golpe acarrea tarde o temprano otro golpe; pero actuar unidos y con astucia traerá un buen final.

Cada familia se preocupó de hablar con su animal protector.

Y unos acudieron a las colinas para conversar con el Guanaco y otros a las selvas para hablar con el Puma. Los de la orilla del mar conferenciaron con los Delfines y los de la montaña, con el Aguila Blanca.

Los que habitaban cerca de las selvas se internaron para comunicarse con los espíritus de los árboles, cuyos pensamientos son profundos como raíces y amplios como sombras.

El espíritu del Canelo aconsejó lo más sabio:

—El Brujo de la montaña necesita sus lámparas para no perderse en la espesura de la selva; si se las quitamos, no podrá atravesar los bosques y no sabrá encontrar los senderos hacia los valles. Sólo así nos dejará en paz.

Los hombres y los animales consideraron que el Canelo había dado la solución mejor y más sencilla. Y además, no encerraba ninguna violencia.

En seguida se pusieron a planear lo que cada

uno tendría que hacer para arrebatarse al Brujo sus lamparitas.

Los campesinos juntarían cientos de jarros de chicha para emborracharlo por largo tiempo. Después de mucho beber, el Brujo regresaría a través del bosque tan mareado y cegatón, que sería muy fácil confundirlo y cada hombre, cada niño y animal escondería una de las brillantes luces, dejando al malvado a oscuras para siempre.

Ese mismo día las mujeres y las niñas se pusieron a fabricar grandes cantidades de la bebida favorita del Brujo. Jarros y jarros de greda se pusieron a fermentar y el olor del mudái llenaba el aire, y se lo llevaba el viento hasta la montaña. Porque el viento también quiso participar en la guerra contra el que hacía tanto daño.

En torno a cada ruca se alinearon los cántaros llenos hasta los bordes. Allá, en su gruta, el Brujo, aún dormido, empezó a oler el agrio perfume con que el viento le hacía cosquillas, envolviéndolo de la cabeza a los pies.

No tardó en despertar, sediento:

—¡Qué olores suben del valle! ¡Aaaah! Esos infelices aprendieron bien la lección que les di, al pudrirles sus cosechas de papas. Llevaré un buen fuego para mis lámparas, porque esta vez sí que la borrachera será grande.

Pidió a su amigo, el Cheruve, que le prestara una de sus teas y a cambio él le traería una indiecita para la comida. ¿Qué más se quería el gigante?

Bajó entonces el Brujo agitando su fuego como bandera, de modo que los que estaban esperándolo se pusieron alerta.

Encendió lámparas iluminando cada senderillo del bosque para tener seguras las huellas a su regreso. Y luego se dirigió hacia los cientos de cántaros que rodeaban las rucas.

—Nunca he probado un mudái tan delicioso como éste —exclamó el Brujo, tragando sin parar—. La próxima vez apestaré todos los manzanos, porque veo que da buen resultado el maltrato.

Ni por un instante se le pasó por la cabeza que tanto jarro lleno pudiera ser trampa.

Poco antes del amanecer, cuando la noche es más oscura y tranquila, porque todos los seres, aun los nocturnos, reposan, el Brujo inició su regreso, olvidando por cierto la indiecita prometida al Cheruve. A medida que se internaba en el bosque, iban desapareciendo una a una las lamparitas que dejara encendidas.

—Vaya, ¿qué pasa con mis luces? —gritó con una voz que parecía salirle de las orejas, tan mareado se sentía.

Unas ligeras risas y murmullos sonaron aquí y allá.

—¿Quién se ríe? ¡Ya verán! —aulló furioso, dándose encontrones con las ramas.

Los guanacos escondieron las luces detrás de sus cabezas, los venados, entre sus astas, los pumas, con sus anchas patas, las águilas, con sus alas, los hombres, bajo sus mantas. Y los niños

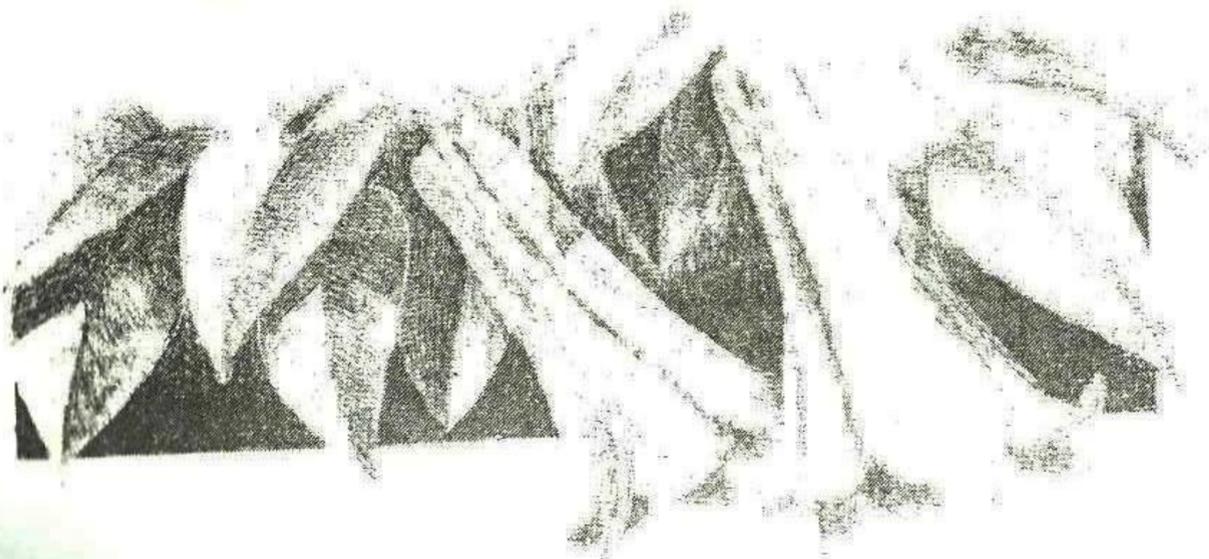
huían por todas partes, como luciérnagas risueñas, llevando entre sus manos una radiante lamparita.

Hasta las truchas de los riachuelos jugaron a beberse los reflejos, iluminándose en el agua como fuegos fatuos.

El Brujo suplicó que le devolvieran sus luces, dándose cuenta de que si conseguían arrebatárselas, estaba perdido. Pero los espíritus protectores se negaron, porque no se puede creer en las promesas de un borracho.

Solamente logró que los pensamientos de los árboles lo guiaran hasta su gruta, donde a pesar de su derrota y de la rabia que le hervía en la cabeza, cayó al suelo echando humos alcohólicos por boca y orejas.

Nunca más pudo bajar a los valles a hacer daño a los hombres y a las criaturas humildes. Nunca más el Cheruve le prestó una tea de fuego por no haberle llevado una indiecita. Pero aquellas luces que entre todos le quitaron, vuelven a iluminar cada año los senderos y son las flores del copihue que cuelgan de los ramajes de la selva como campanitas.



LAS DOS SERPIENTES DE LA TIERRA DEL SUR

(Cuento basado en leyenda huilliche)



CUANDO Chile era sólo de los Mapuches, se llamaba simplemente tierra.

Además de hombres y muchos animales, vivían en la tierra del sur dos enormes serpientes.

Por supuesto que una era muy mala y peleadora, y la otra, muy buena, aunque también sabía pelear y defenderse.

La serpiente mala se llamaba Cai Cai y dormía en el fondo del mar, en una profunda caverna.

La serpiente buena se llamaba Tren Tren y habitaba las montañas más altas de la cordillera.

Los indios vivían temiendo que Cai Cai se enojara, porque entonces empezaba a mover su cola en el mar, levantando inmensas olas que inundaban la tierra y abrían cavernas y abismos.

Cada año, durante las cosechas, los Mapuches apartaban las frutas más jugosas, el maíz más granado, los animales más gordos y se dirigían a la orilla del mar.

Desde la punta de un cerro, el Cacique, acompañado de la Machi, gritaba:

—Toma, Cai Cai, aquí va una guanaca con su guanaquito.

¡Plaf! Y por el despeñadero saltaba el agua salpicando a los Mapuches reunidos para presenciar los sacrificios.

Si el mar se picaba, seguían tirando lo mejor de sus pertenencias, hasta sus propias mantas de vicuña y cueros de puma.

Un día, el pequeño Maitú se puso a llorar porque el Cacique tiró al agua su venadito regalón, su pudú.

Su llanto pareció muy mal al jefe y a los indios; y también a la mamá del niño.

Ella dijo:

—¿Cómo se te ocurre llorar en un momento así? ¿No sabes que Cai Cai puede despertar furiosa? ¡Los indios no lloran!

Maitú escondió sus lágrimas, tragándose las de un sorbo y se quedó mirando tristemente el mar.

Entonces vio que su pudú nadaba entre las olas mejor que un delfín.

Cuando el Cacique se alejó con su gente, Maitú ayudó a salir del agua a su venadito y lo escondió en el bosque.

Esa misma noche despertó Cai Cai con un aullido feroz:

—¡Tengo hambre, tengo mucha hambre! ¡Quiero comer carne fresca de pudú!

Por lo menos, Maitú creyó que eso era lo que gritaba la tremenda serpiente, moviendo las olas.

La tierra también se remeció muy fuerte y todos los indios salieron arrancando de sus rucas.

Maitú y su mamá corrieron hacia los cerros donde vivía la serpiente buena.

Los hombres la llamaban con grandes clamores:

—¡Tren Tren, sálvanos de Cai Cai!

A pesar del apuro y del susto, hombres, mujeres y niños llevaban sobre sus cabezas sus cacharritos de greda llenos de maíz.

Sabían que Cai Cai, al inundar sus valles, destruía las cosechas; había que salvar las semillas para sembrar cuando pasara la emergencia.

Detrás de los indios iban sus perros, sus guanacos, sus pavos, sus gallaretas, sus pudúes, entre ellos el venadito de Maitú.

También huían los animales salvajes, los pumas, los zorros, las güiñas, las liebres, los cururos y todas las aves de la tierra y del mar.

Cai Cai iba entrando por las llanuras, nadando sobre grandes olas y los indios tenían que trepar rápido hacia las cumbres.

A todo hombre que tocaba la serpiente con su lengua, lo convertía en piedra; y a los animales los transformaba en peces.

Después de mucho subir por quebradas y atravesar precipicios, llegaron frente a la caverna de Tren Tren, que estaba sumida en un hondo sueño.

No la despertaron los gritos y súplicas de la

multitud, ni el ruido de las patas de los animales que pasaban atropellándose sobre las escamas de su lomo.

Los indios mayores observaron que Tren Tren estaba muy gorda, porque se había tragado una docena de guanacos; y cuando una serpiente está recién alimentada, no hay nada que la despierte, hasta que vuelve a sentir hambre.

Cai Cai, entretanto, ya casi alcanzaba la caverna de Tren Tren, nadando sobre las aguas alborotadas. Sus amigos, los pillanes del Trueno, del Fuego y del Viento, la ayudaban amontonando nubes para que lloviera, tronara y cayeran rayos y relámpagos.

Tren Tren roncaba. Los animales escarbaban y enterraban garras y pezuñas en el lomo de la dormilona para despertarla; los indios saltaban y gemían a grandes voces; y los pájaros de la tierra y del mar daban aletazos sobre la cabeza de la serpiente.

En vano, porque Tren Tren estaba ciega y sorda en su sueño.

Cai Cai ya trepaba los riscos cercanos y se sentían, como un viento, sus bufidos. Daba feroces coletazos que producían derrumbes de cerros y arrancaba inmensos árboles mientras aullaba:

—¡Quiero tragarme la tierra, quiero matar a mi enemiga Tren Tren y comérmela a pedacitos!

Maitú temblaba abrazado a su pudú. Y el tiritón se transmitía de indio a indio, de animal en animal, de pluma a pluma.

¿Cómo despertar a Tren Tren?

De pronto, del grupo de madres afligidas se escapó una niña, Rayén, que también estaba asustada pero se cansó de tener miedo y se puso a jugar.

Caminando sobre el lomo de Tren Tren, llegó junto a uno de los ojos de la serpiente, inmenso, inmóvil como un lago verde; porque las serpientes no tienen párpados y duermen con los ojos abiertos.

Rayén se reflejó como en un espejo y se distrajo, mirándose. Y empezó a hacer morisquetas y a bailar. Viendo que la niña dentro del ojo hacía lo mismo que ella, a Rayén le dio risa y sus carcajadas resonaron en la gruta más fuerte que los llantos y gemidos.

A Tren Tren nunca le habían gustado las lágrimas ni las quejumbres y sí le encantaban las risas y la alegría.

Muy lejos primero, Tren Tren oyó las carcajadas de Rayén. Luego, con su ojo, el que servía de espejo, vio borrosamente la figura que bailaba, hasta que ya bien despierta se dio cuenta de que era una alegre niña india.

Entonces la serpiente buena también rió y su risa fue un verdadero insulto para Cai Cai y los Pillanes.

De pura rabia, la mala serpiente cayó cerro abajo y los Pillanes se sintieron empujados hasta el fondo del cielo por las divertidas carcajadas de Tren Tren.

Sobre el lomo estremecido de risa caían patas arriba los animales y pies al cielo los hom-

bres. Y por la caverna, las aves de la tierra y del mar volaron perseguidas por los alegres ecos.

Rayén se sujetó entre las arrugas que tenía Tren Tren cerca de sus ojos y ambas pasaron un rato muy agradable.

Pero el placer fue corto: Cai Cai volvió a la carga aún más furiosa y partió la tierra sembrando el mar de islas.

Los Pillanes la apoyaron desde el cielo con truenos tan sonoros y largos, que parecía que mil carretas se daban vuelta echando a rodar piedras entre las nubes.

Tren Tren se enderezó, haciendo caer al suelo de la gruta a todos los que tenía sobre el lomo, incluso a Rayén y Maitú.

La gente y los animales se arrinconaron porque el momento de la gran batalla se aproximaba. Cada hombre pedía perdón por lo malo que había hecho en su vida, para que la fuerza buena de Tren Tren tuviera más poder.

Maitú y Rayén quedaron juntos, separados solamente por el pequeño pudú. Y empezaron a hacerse amigos.

Cai Cai hizo subir aún más el agua y casi sumergió la montaña donde habitaba su enemiga; pero Tren Tren arqueó el lomo y con la fuerza de los doce guanacos que tenía en el estómago, empujó hacia arriba el techo de la caverna y la montaña creció hacia el cielo.

Cai Cai y los Pillanes siguieron juntando agua y así Tren Tren empujó muchas veces el techo de su caverna hasta que la montaña llegó cer-

ca del sol, por encima de las nubes, donde ni los Pillanes ni la serpiente mala podían alcanzarla. Y desde la misma cumbre, Cai Cai y sus servidores cayeron al abismo y se aturdieron por miles de años.

Tren Tren, satisfecha, se echó a dormir en la altísima gruta, con sus ojos de lago verde.

Tímidamente los indios y los animales se acercaron al borde del abismo para mirar los valles y vieron que todo estaba lleno de agua hasta donde se perdía la vista. Como estaban muy cerca del sol, la cabeza se les quemaba. Entonces tomaron sus cacharritos de greda y se los pusieron de sombrero, luego de amontonar el maíz que habían traído.

Pasó mucho tiempo antes que el agua bajara, volviendo al mar. Maitú y Rayén se hicieron amigos, caminando y saltando por las cimas de los cerros.

Los Mapuches y los animales vagaban de cumbre en cumbre buscando qué comer. Las mujeres y los niños sembraron el maíz que habían traído en los lugares más protegidos y tuvieron cosechas que les permitieron alimentarse.

Cada día el agua bajaba un poco, hasta que después de muchas lunas, todos pudieron volver a sus antiguas llanuras, seguidos de sus animales.

Desde entonces, ambas serpientes duermen, la buena en la montaña, la malvada en el mar.

A veces Cai Cai tiene pesadillas y aparece una isla en el océano o se estremece un poco la tierra.

Pero de saberse, nadie ha vuelto a verlas por las tierras del sur.

EL PEQUEÑO ZORRO HAMBRIENTO

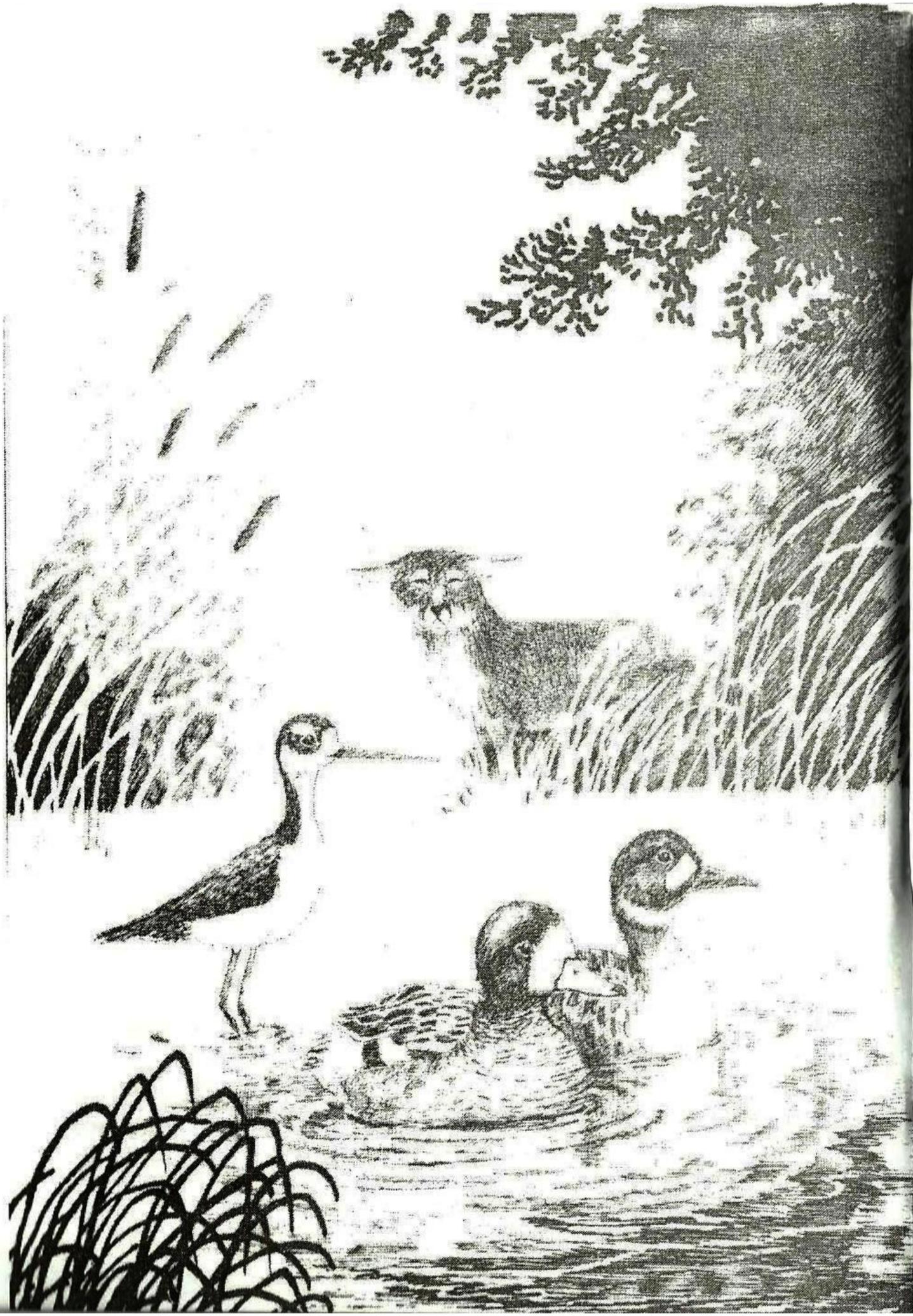
E

L pequeño Zorro de piel gris y rojiza había salido de caza durante varias noches. Aunque vivía junto a una laguna donde habitaban toda clase de aves acuáticas que eran sus preferidas, le costaba mucho pillarlas. Ellas sabían vigilar entre los totorales y el más leve ruido las hacía volar a sitio seguro.

Bastaba que una sola diera la alarma para que todas, patos, cisnes y hasta las pequeñas taguas que caminan sobre las hojas de los nenúfares, buscaran refugio lejos del alcance del Zorro.

Otras veces se paraban en un lugar rodeado de agua en el que flotaban plantas verdes y el Zorro, creyendo pisar firme, se daba un buen baño, alertando con el ruido a los pájaros, que escapaban de sus vanos manoteos. Era una trampa muy desagradable que a nuestro amigo le daba una rabia feroz; el aleteo de los pájaros al echarse a volar y hasta el roce de las cañas le parecían risas y burlas por el baño imprevisto que se había dado.

El pobre tuvo que contentarse durante algu-



nos días con cucarachos, ya que no tenía otra cosa que mascar.

—¿Qué puedo hacer para cazar un pato, aunque sea pequeño? Se han puesto más astutos que yo” —iba diciéndose una noche que rondaba como de costumbre, por la laguna. De pronto, una gran voz surgió de la orilla entre la maleza, y el Zorro dio un salto pensando que alguien lo atacaba. Miró a su alrededor y no vio a nadie. Iba a continuar su vigilancia, cuando la voz lo asustó de nuevo y esta vez desde más cerca.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, tembloroso, pensando que se trataría de alguna fiera desconocida e invisible.

—Lo mismo te pregunto —dijo la voz

—Yo... soy un pequeño zorro hambriento...

—Ah, entonces eras tú el que asustó a los pájaros... Bueno, se han ido, no cazarás ninguno esta noche —continuó la voz—. Dime, Zorro, ¿qué otra cosa comes?

—Bueno, prefiero no decirlo porque me da vergüenza —murmuró nuestro amigo acordándose de los cucarachos.

—¿Tal vez te avergüenza comer ranas indefensas... o sapos? —insistió la voz bajando un tono.

—¡Puf!, ¿cómo se te ocurre que yo pueda comer algo tan horrible y gelatinoso? Prefiero morir de hambre.

Se hizo un silencio largo; el dueño de la voz parecía haberse convertido en un negro bostezo que hacía “glu glu”.

—¿Qué te pasa? ¿Te has ido? —preguntó el Zorro, desconcertado.

—No, aquí estoy —gritó la voz aún más cerca.

Y de pronto el Zorro vio aparecer junto a sus patas a un “horrible y gelatinoso” Sapo.

Con su sonrisa más hipócrita, o sea la más dulce, el Zorro exclamó:

—¡Conque eras tú! ¡Qué estupenda voz tienes! ¡Admirable para un ser tan pequeño! ¿Dónde la conseguiste?

—El Creador me la regaló para compensar mis... carencias.

—Perdóname, soy un estúpido —murmuró el Zorro echándose al suelo.

Los ojos de ambos quedaron a la misma altura.

—Te perdono porque nunca te has comido una ranita ni a ninguno de mis parientes. Y tampoco sentirás tentación de darme un mordisco —concedió el Sapo con dignidad.

Al Zorro le pareció menos desagradable al mirarlo de más cerca. Las chispas de oro de sus ojos demostraban sensibilidad.

—Seamos amigos —propuso el peludo.

—Me parece bien —aceptó el Sapo—. A ti te gustan los patos, y los patos me comen a mí; somos parte de una cadena ecológica amistosa.

—¿Cómo? ¿Los patos te devoran?

—Sí, amigo Zorro, y de ese modo formo parte de tu alimentación preferida sin que lo notes —exclamó la voz científica.

—Vaya, vaya... —comentó simplemente el Zorro mirando al otro con detención.

—Tu presencia algo fragante espanta a mis enemigos y por esto me conviene tu cercanía —continuó el Sapo—. Creo que debiera agradecerte que te gusten los patos y no yo.

El Zorro pensó unos momentos las palabras del pequeño gritón.

“Los patos se comen a los sapos —se dijo— y los sapos tienen una voz demasiado fuerte, de manera que los patos los pillan sin dificultad”.

Y luego tuvo otro pensamiento aún más luminoso:

“El Sapo es muy pequeño para tener semejante voz, en cambio, si yo pudiera aullar como él...”

Una idea como relámpago lo dejó patitieso: —¡Cómo no se me había ocurrido! —exclamó.

—¿Qué cosa? —preguntó el Sapo desde su oscuridad.

—Que si yo... bueno, es una idea no más, pero...

—¿Pero qué?

—Pienso que el Creador fue un poco desproporcionado en tu caso y en el mío también —tanteó el Zorro.

—¿Te quejas del Creador? —gritó el Sapo escandalizado—. Es una imprudencia.

—Lejos de mí tal cosa —contestó el otro con una sonrisa compungida. Fue sólo una pequeña observación. Si yo tuviera tu voz, por ejemplo,

podría engañar a los patos; ellos se acercarían a mí creyendo que soy un inofensivo y apetitoso sapo, y ¿te imaginas? ¡Los podría cazar fácilmente!

—Pero no es el caso y lo siento, Zorro, porque tengo algo de simpatía por ti.

—¿Y si hiciéramos un pacto?

—¿Qué clase de pacto? —gritó el otro con su fuerte voz.

—Pues... si me prestas tu voz por una noche, los patos se acercarían a mí sin sospechar lo que les espera. Yo podría llenar mi panza y tú te librarías de varios enemigos a la vez.

El Sapo guardó silencio, meditando.

—No es mala idea —comentó—, pero tengo que pensarlo otro poco.

Y como en ese momento empezó a amanecer, dejó para la noche siguiente tan grave decisión. El Sapo amaba su voz poderosa, aunque le trajera disgustos. Al fin y al cabo era un don de su Creador.

El Zorro se alejó, esperanzado. También ese día tuvo que mascar cucarachos, pero al esconderse en su madriguera pensó con ilusión que dentro de pocas horas se daría un banquete.

Aún no oscurecía cuando el Zorro llegó a la laguna. El Sapo no estaba ya en el mismo lugar, y aunque puso las orejas al viento, no oyó su sonora voz.

Dio una vuelta por las boscosas orillas llamando con débil gimoteo a su verde amigo, en vano.

“Como si se lo hubiera llevado el viento”, dijo hablando para sí.

Y de pronto le vino una idea que le erizó los pelos: ¿y si un pato lo había devorado? Durante un buen rato, fue incapaz de dar un paso, tal emoción le causó imaginar que el Sapo podía no existir ya. ¡Y pensar que no hacía muchas horas lo consideraba un animalucho del todo despreciable!

Desesperado, continuó la búsqueda y su esperanza iba enflaqueciendo a la par con su estómago insatisfecho.

Vio aparecer en el cielo la primera estrella y junto con ese brillo, al otro lado de donde se hallaba, el Zorro escuchó la poderosa voz de su amigo.

Echó a correr como si la arena le quemara las patas y antes de que el Sapo repitiera su nota, el Zorro se encontró a su lado.

—¡Amigo! —aulló casi sin aliento—. ¡He sufrido un susto terrible por ti!

—Yo estaba pensando si vendrías —contestó el Sapo calmadamente.

—Mi vida depende de la tuya —contestó el Zorro sin mucha cautela.

—¿Ah, sí? —croó con displicencia el verde cantor, hinchándose de vanidad.

El Zorro comprendió que debía disimular su angustia porque la vanidad de los pequeños suele ser la perdición de los grandes.

—Es decir, llegué algo temprano y temí que algún pato tuviera en su estómago tu preciosa voz.

—Bueno, casi, casi —contestó el Sapo—. Yo siempre me salvo por casi.

—¿Corriste peligro, entonces?

—Cada día está lleno de sobresaltos para mí. Aunque me confundo entre las hojas y no hago el menor ruido mientras duermo, los patos escarban por toda la orilla; desde que nos separamos, estuve casi masacrado varias veces.

El Zorro palideció bajo sus pelos.

—Amigo, es urgente que disminuya el número de patos en la laguna. Y yo soy el único que puede hacerlo. Si me prestas tu voz por una sola noche, con el hambre que tengo, me comeré por lo menos una docena de los grandes, que son los que se reproducen. ¿Qué decides, amigo, aceptas el pacto?

—Lo he pensado entre sueños, y aunque me duele mucho desprenderme de mi voz por una noche, acepto, porque pasaré varios días tranquilo.

—Oh, aceptas, bien dicho —lo animó el Zorro.

El momento del traspaso de la voz había llegado. ¿Cómo se lograría algo tan misterioso?

—Abre el hocico —ordenó el Sapo.

El Zorro obedeció abriendo todo lo que pudo sus afiladas mandíbulas. El Sapo se infló, lanzando una sola nota muy sonora que tembló en el aire como un globo de oro y se deslizó luego por la garganta del hambriento, atragantándolo.

—¡Cuá! —hizo el Zorro y su propia voz lo asustó.

—Ya estás listo —dijo el Sapo con un débil murmullo. Y también extrañó su voz y no pudo contener lágrimas de pena.

—Me voy de cacería —aulló el Zorro con acento feroz.

Pero sólo el Sapo se dio cuenta del grito de guerra; los demás habitantes de la laguna sólo escucharon el acostumbrado canto de un sapo cualquiera.

Con sus "cuá-cuá" engañadores los patos lo dejaron aproximarse sin interrumpir sus sueños, donde sólo se dibujó la imagen de un buen desayuno.

¡Qué banquetazo se dio entonces nuestro peludo amigo! Las aves cayeron en su mismo hocico y la orilla quedó llena de coloridas plumas.

El Sapo celebró con murmullos alentadores cada pato desplumado y al día siguiente descansó tranquilo en medio de los despojos. Lo mismo hizo el Zorro, con su panza repleta, en su madriguera.

Al anochecer volvió a la laguna para reanudar el rito de la caza.

Se encontró por casualidad con el Sapo, que parecía esperarlo desde antes que brillaran las estrellas.

—Hola, ¿qué tal? —aulló el Zorro sonoramente, lo que aumentaba su estatura.

—Se cumplió el plazo y te ruego que me devuelvas mi voz, según el pacto que hicimos.

—Oh —sonrió el Zorro— ¿cómo quieres vivir tranquilo, cuando quedan tantos patos por ca-

zar todavía? Si me prestas tu voz por otra noche, nos beneficiaremos mutuamente.

—Es cierto —susurró el Sapo—. Echo de menos mi voz y me siento disminuido. Con ella casi alcanzaba las estrellas.

—Una noche más no significa nada —lo consoló el Zorro.

Y antes de que hubiera otra queja, partió a cazar.

Pasaron así muchas jornadas y cada anochecer el Sapo sorprendía al Zorro con un murmullo más y más desesperado.

—Cumple el pacto, devuélveme mi voz.

El Zorro, que había engordado y tenía la piel reluciente, le daba una excusa tras otra, muy buenas razones para demorar el momento de devolver lo que no era suyo. Llegó a inventar que no sabía cómo hacerlo.

—Es algo mágico, un misterio para mí el modo como me traspasaste la voz.

—Sólo tienes que abrir bien el hocico y desearlo de todo corazón —gimió el Sapo, esforzando su vocecita. Pero el Zorro no podía querer tal cosa y hacíase el sordo.

Hasta que una noche el Sapo no apareció.

"Vaya, se habrá conformado —pensó el deudor, aliviado—. Después de todo, lo más justo es que yo tenga la voz fuerte, y él, la débil."

Sin embargo, como en las noches siguientes el triste suplicante tampoco apareciera, el Zorro tuvo el presentimiento de que su amigo había caído en el buche de algún pato.

“Tal vez, sin saber, me he comido a mi mejor amigo —pensó con sincera pesadumbre—. Tal vez estaba en la panza del pato de anoche o del de antenoche.”

Para calmar su remordimiento, cazó más que nunca y no sólo por hambre, sino con cierto espíritu vengativo.

Desde entonces el Zorro se sintió el verdadero dueño de su particular aullido, porque el Sapo formaba parte ya de su carne y de su sangre.

Sin embargo, cuenta la leyenda que desde entonces los sapos guardan rencor a los zorros por haber robado la voz que les pertenecía y valerse de ella para engañar a sus víctimas.



CUANDO EL SOL Y LA LUNA OLVIDARON LA TIERRA

(Cuento basado en una leyenda
mapuche-ranculche)



HACE muchos, muchos años, el Sol y la Luna vivían tan felices en el cielo, que se olvidaron de alumbrar la tierra donde vivían los indios. Y mientras en el cielo había grandes fiestas llenas de luz y colores, en la Tierra todo estaba oscuro, cubierto de nubes y nieblas y la lluvia caía sin parar.

Y de tanto llover día y noche, los valles se llenaron de agua, y el mar y la tierra se confundían. Sólo asomaban las puntas de las montañas más altas y allí se habían refugiado los pobres indios con sus animales mansos y con los animales salvajes.

Cuando comenzó la inundación, dos de los principales caciques reunieron a su gente y enviaron mensajeros para advertir el peligro a las gentes de la tierra, los mapuches.

—Suban a las montañas, lleven sus guanacos, sus aves, sus llamas y sus pequeños ciervos, los pudúes, porque los pillanes del cielo están enojados y rompen las nubes con sus espadas de fuego y el agua comienza a inundar las tierras bajas.

Así voceaban los mensajeros recorriendo los pequeños caseríos. Y todos los pueblos se pusieron en camino, llevando lo más necesario. Los seguían sus guanacos, sus pavos, sus vicuñas, y los ciervos pequeños que se llaman pudú. Y detrás de ellos, entre los matorrales y los bosques, huían los pumas, los zorros y las güiñas. Ennegrecían el cielo los pájaros de la tierra y del mar. Las bandurrias y los choroyes eran los más bulliciosos; las bandurrias, parecidas a las cigüeñas, volaban en grupos de a cinco, lanzando su extraño grito semejante al sonido de un oboe; y los choroyes, desordenados y en bandadas que ponían verde el cielo, ensordecían con sus gritos desafinados y alarmantes.

Los únicos que estaban contentos eran los peces, desde los más pequeños hasta las ballenas.

Los hombres, aislados en la cumbre de las montañas, encendían débiles fogatas bajo las rucas que construyeron. No se conseguía leña seca, todo goteaba y lloraba, y la oscuridad oprimía el corazón.

Una noche, o una mañana —no podía saberse si era de noche o de día— el toqui Pangal, que era fuerte como el puma, reunió a sus guerreros y familias y les dijo:

—Tenemos que hacer una gran fogata para que el Sol vuelva a iluminarnos. Si El ve nuestra señal de fuego, volverá a acordarse de nosotros y correrá las nubes y nos mandará su luz.

Todos, hasta los más pequeños, se repartieron por la montaña para recoger ramas y troncos;

pero el trabajo resultaba muy peligroso a causa de la oscuridad. Temían caer al agua y ahogarse. Sin embargo, ninguno dejó de traer aunque fuera una ramita para encender un gran fuego. Y cuando las llamas se alzaron en la eterna noche, les pareció ver el sol y su alegría fue grande y cantaron y bailaron hasta que no quedaron sino brasas.

Y ocurrió algo curioso: otros pueblos que habitaban en sus islas-montañas, al ver la fogata de Pangal y su gente, los imitaron, y pareció que la oscuridad se llenaba de estrellas de oro, encendiéndose una tras otra.

De este modo aprendieron a hacerse señas y hasta construyeron unas especies de canoas, ahuecando los troncos de los árboles más grandes, los gigantescos coihues que viven cientos de años.

Y así, se visitaron los principales caciques, entre ellos, Pangal, fuerte como un león, y Antú, que se llamaba como el Sol.

Y conversaron largas horas.

—Antú, ya no podemos sembrar y en los montes no quedan animales para cazar.

—En mi montaña se terminaron los conejos y las vizcachas; no quedan aves ni ratas. Y la leña se nos acaba. Es necesario hacer algo, Pangal.

—Sin luz no podemos embarcarnos a otras tierras para buscar el sol.

—Todos los que mandé en busca de tierra seca y de luz, jamás volvieron —dijo Antú con tristeza.

—El Sol no quiere oírnos, y la Luna no apa-

rece en nuestra larga noche, a pesar de los cantos y los rezos, de los sacrificios y los llantos de niños y mujeres —se quejó Pangal.

Y aunque mutuamente se consolaban y ayudaban, ninguno de los dos jefes sabía qué hacer en tan terrible situación.

¿Qué pasaba en el cielo, entretanto?

LO QUE PASABA EN EL CIELO

El Sol vivía en su palacio de oro. Al amanecer, abría las puertas y buscaba el palacio de plata de la Luna para convidarla a jugar y bailar por los campos azules.

Por cierto que no siempre se encontraban y tenían una especie de juego a las escondidas.

Todos los días el Sol abría sus puertas doradas y gritaba:

—¡Eh, amigos míos! ¿Dónde están? Quiero bailar con mis planetas y descubrir pálidas lunas. ¿Dónde está mi pequeña luna, la que se esconde en el campo de la noche?

A veces la Luna estaba cerca, en su palacio de plata y venía caminando dulcemente a encontrarse con el Sol.

Y entonces jugaban a una ronda. La Luna decía:

—¿Me llamabas, Sol?

—¡Te llamaba, Luna! —contestaba él, brillando.

—¿Jugaremos hoy?

Sol : —La ronda fortuna.

Luna : —¿Cómo es esa ronda?

Sol : —*Tengo dos anillos
que son dos caminos,
uno está en el día,
el otro en la noche;
dime, bella Luna,
¿cuál camino escoges?
De oro el de día,
de plata el de noche.*

La Luna no dudaba al decir:

—Yo escojo el de noche.

Y el Sol se lanzaba tras ella, gritando:

—*Corre que te pillo,
y si yo te alcanzo,
te quito el anillo.*

Pero el Sol nunca podía alcanzar a la Luna y ella se iba bailando por las sombras de la noche.

Y de este modo, lo pasaban tan bien en el cielo, que no se les ocurría mirar hacia la oscura Tierra envuelta en nubes. Suele suceder que los que son muy felices, se olvidan de pensar en los demás. Y ni un solo rayo de la alegría del cielo llegaba hasta los hombres aislados en las montañas.

EL PEQUEÑO VENADO DE YEUMEN

Pangal tenía un hijo, Yeumen, que quiere decir "valiente" en lengua mapuche. Y Antú, a su vez,

tenía una hija de nombre Licán que quiere decir "piedra", piedras sagradas.

Y Yeumen y Licán de tanto ir y venir en las canoas acompañando a sus padres, de una montaña a otra, se habían hecho muy amigos.

Cada uno tenía su animalito regalón: Licán había criado una vizcacha color piñón y Yeumen, un pudú. Y siempre andaban con ellos a la siga; cuando iban con sus padres de una montaña a otra, navegando por las profundas lagunas llenas de sombras, sus animalitos iban con ellos. Un día Pangal y su hijo fueron a visitar al cacique Antú para intercambiar noticias y conversar sus problemas urgentes.

Yeumen y Licán se fueron a jugar cerca de las rucas; no se atrevían a alejarse en la gran noche que siempre los rodeaba.

El pequeño pudú, en cambio, no tenía miedo de la oscuridad ni del constante rumor de la lluvia; con sus sensibles orejas, alertas como antenas, y su piel nerviosa, parecía estar lleno de ojos que adivinaban lo que había más allá. De pronto el animalito dio un gran salto con sus patas cortas y como si lo llamaran, desapareció por un sendero que subía por la montaña.

—¿Qué haces? —gritó Yeumen—. ¡Vuelve, vuelve acá, pudú!

Licán abrazó con fuerza su vizcacha y ambos niños llamaron largamente al venado, pero éste no regresó.

Cuando llegó el momento de partir, Yeumen pidió a su padre quedarse por una jornada en la

montaña de sus amigos a ver si volvía el pudú. Antú y Pangal, viendo la preocupación del niño, estuvieron de acuerdo.

—El venado volverá pronto, estos animalitos necesitan ir a la selva que es su gran ruca —dijo Pangal.

—¿No se lo comerá el puma? —preguntó Yeumen con temor.

—En nuestra montaña sólo quedan dos parejas de pumas y otras de zorros. Los dejamos vivir para que no desaparezcan de nuestros bosques cuando algún día brille de nuevo la luz. Y un pudú sabe defenderse muy bien, con su rapidez y su buen oído.

Yeumen no se tranquilizó del todo; pero pasó un sueño y volvió a comenzar el trabajo y el venado no apareció.

Y cuando Licán y su amigo intentaron penetrar por el boscoso senderillo, la vizcacha escapó de los brazos de su ama y desapareció por el mismo rastro del pudú.

Licán se afligió mucho, buscando y llamando a su vizcacha; ambos niños se sentían muy tristes, porque sus animales eran sus compañeros que no sólo les servían de consuelo sino también de abrigo en la fría noche lluviosa en que vivían.

Yeumen trató de consolar a su amiga y ella recordó de pronto algo:

—Hace mucho tiempo, cuando recién llegamos a esta montaña y había un poco de luz todavía, yo subí por ese camino y llegué a una cumbre desde donde vi la Luna.

—¿Cómo? ¿Viste la Luna? —exclamó el niño con asombro.

—A veces creo que lo soñé; cuando se lo conté a mi mamá, ella no lo creyó y nadie en la tribu lo creyó tampoco. Pero yo me acuerdo del camino, de las piedras y las grietas —continuó Licán. Y sin pensarlo mucho, como ambos niños querían recuperar sus animalitos, avanzaron por el sendero misterioso que también los atraía.

—Si allá arriba encontramos a la Luna, le pediremos que nos alumbre de nuevo —dijo Licán.

—Y que nos mande un poco de su tibia luz —afirmó Yeumen.

Y ambos desaparecieron, igual que el pudú y la vizcacha, montaña arriba.

LA MONTAÑA DE LA LUNA

Durante muchas horas, tal vez más de un día, los niños treparon sin descansar. Sus ponchos estilaban bajo la lluvia, haciéndose pesados. Quedaron atrás los bosques y aparecieron las primeras manchas de nieve. A pesar del frío y del peligro de grietas y quebradas, continuaron subiendo. Cada vez el cielo estaba más luminoso y esto los entusiasmaba. Licán advertía cada accidente de la ruta y les fue fácil llegar a la cumbre. Y una vez en la punta de la montaña, vieron el ancho cielo azul por donde navegaba una que otra nube. Un gran

silencio, lleno de una voz nueva, la del viento, llenó sus oídos acostumbrados al rumor del agua. Yeumen se puso a gritar, maravillado:

—¡El cielo es azul, azul!

Licán reía y brincaba, batiendo sus manos:

—Yo sabía que este camino llegaba al cielo.

Miraron luego a su alrededor, pero no vieron ni huella ni sombra de sus animales regalones.

—Han saltado a la Luna —aseguró Licán—. Por aquí pasa muy cerca de la tierra y dando un buen salto, se puede llegar hasta ella.

—La tierra oscura y fría los debe haber cansado —reflexionó Yeumen—, por eso prefirieron irse a los prados tibios de la Luna.

Se quedaron en silencio, llenándose los ojos de color azul. Yeumen preguntó:

—¿Te acuerdas, Licán, por cuál lado del cielo aparece la Luna?

—No, no me acuerdo. Pero tú puedes mirar hacia allá mientras yo miro hacia acá —y la niña señalaba el oriente y el poniente, el lado derecho y el lado izquierdo.

Y cuando los dos se instalaron a contemplar su lado del cielo, aparecieron sin anunciarse, avanzando lentos y brillantes, dos pequeños asteroides, uno rojo y otro azul. Con el pestañeo de sus luces, parecían conversar:

—Viene bailando la Luna Luna —decía el Azul.

—Trae en su cara la luz del Sol —contestaba el Rojo.

—La Luna viene con su farol —canturreaba el Azul.

—La Luna Luna con su arrebol —reía el Rojo.

A los niños les parecía maravilloso ver estrellas y no apartaban la mirada del cielo. Oscurecía y el brillo iba aumentando.

—Soy asteroide del señor Sol —declaró el Rojo con un fuerte destello.

—La bella Luna me dio el color —agregó el Azul.

Los niños se codearon, secreteándose:

—¿Cuál te gusta más, Yeumen?

—El Rojo, que sigue al Sol.

—A mí me gusta el Azul con su color de Luna —decidió Licán.

Una claridad creciente por el lado oriental de la montaña anunció la llegada de la Luna. Los asteroides se pusieron más chispeantes, de puro nerviosos. Muy pronto la Luna llenó el cielo frente a los niños y bostezó:

—Me quedé dormida. Hace rato que el Sol me espera en la puerta de la tarde.

Yeumen y Licán empezaron a hacerle señas y a llamarla:

—¡Luna, Lunita, Luna!

El asteroide Azul se sobresaltó:

—Oigo unas voces que te llaman, Luna.

—¿Quién puede ser, hermano Azul?

—Dos notas, dos cantos, los oigo allá abajo, donde hay un mundo lleno de nubes.

—¿Hay un mundo bajo ese manto negro?

—Sí, Luna, un mundo olvidado del cielo —aseguró el Rojo.

—Está lleno de agua —anunció el Azul.

—Pero ¿quién puede llamarme desde tan lejos? —retumbó la Luna.

El Azul le recordó:

—Tal vez sea otro venado. ¿Te acuerdas, Luna, que hace un tiempo, saltó a tus brazos un pequeño pudú?

—Sí, fue anteayer —exclamó la Luna—. Saltó a mi falda huyendo de un planeta oscuro; tenía el pulso muy agitado y aún lo siento palpar en mi mejilla, donde me dejó una mancha.

El Rojo, que tenía el ojo vivo, descubrió la cima de la montaña que se asomaba entre las nubes:

—Miren, algo aparece allá abajo, ¿lo ves, madre Luna?

Ella enfocó su suave mirada hacia la Tierra y exclamó:

—¡Veo una rotura entre las nubes, un asteroide blanco, una isla que da vueltas, un cono que pincha el cielo!

—Es un volcán de la Tierra —explicó el Rojo— y hay dos pequeños ciervos en la cumbre llamando "Luna, Luna".

—Me acercaré a ellos y así tendré en mis llanuras tres venados corredores —dijo la Luna, empezando a bajar.

La Luna se puso a la altura de la montaña donde Licán y Yeumen estaban parados.

—Pequeños ciervos —les dijo—, ¿quieren saltar, acaso a mi falda?

Yeumen advirtió muy serio:

—Señora Luna, no somos ciervos, ni venados, ni vizcachas, ni conejos. Somos niños.

—Sí —interrumpió Licán—, yo soy la hija del toqui Antú, que se llama como el Sol.

—Y yo soy Yeumen, hijo del toqui Pangal, que se llama como el león.

La Luna se quedó muy sorprendida y sólo atinó a murmurar:

—¿Quieren jugar con el pequeño ciervo que anteayer saltó a mi falda?

—Y también queremos ver a la vizcacha color piñón que se debe haber escondido en un cráter —dijo Licán.

Como la Luna se quedara sin saber qué contestar, Yeumen explicó:

—Nuestros animales regalones huyeron de nuestra tierra porque está helada y llena de agua, y nunca para la lluvia. Nosotros los seguimos hasta aquí para que tú nos ayudes, Luna, y nos des un poco de luz tibia.

La Luna pensó un momento:

—Ustedes viven en ese planeta oscuro y quieren que yo les dé algo de mi luz. Pero esta luz me la dio mi esposo, el Sol, y yo no puedo regalarla sin su permiso. ¿Qué diría?

Yeumen suplicó entonces:

—Sólo te pedimos un pequeño rayo, nada más. Allá, bajo las nubes, viven los pueblos de los hombres sin tener con qué alumbrarse. Los ma-

res suben sin cesar y las lagunas se juntan con los mares. No podemos sembrar y sin el Sol, ningún fruto madura y pronto moriremos de hambre y frío.

La Luna sintió mucha pena al oír estas noticias.

—Señora Luna, tú y el Sol se olvidaron de la Tierra —agregó Licán—. Ustedes juegan con la luz, pero nosotros no tenemos más que unas chispas de fuego.

La Luna se sintió cada vez más compadecida:

—Si yo les doy un poco de mi luz, ¿qué me darán ustedes a cambio? —preguntó.

—Nuestros animales regalones —gritaron los niños—. ¡El pudú de Yeumen y la vizcacha de Licán serán tuyos para siempre!

La Luna asintió aceptando y decidió bajar en seguida a la Tierra, para regalar a los hombres un poco de su luz.

Los asteroides se sintieron alarmados y lanzaron destellos advirtiendo a la Luna que era muy peligroso bajar a un planeta desconocido. Pero ella les ordenó que cuidaran su palacio de plata, y que no dijeran nada al Sol, porque regresaría en seguida.

Y mientras decía: "No tardaré ni un segundo en volver al cielo", pisó la punta de la montaña y los niños le ayudaron a bajar por el sendero.

Al verla desaparecer bajo las nubes, el asteroide Rojo murmuró:

—La Luna bajó a la Tierra y el Sol se quedará esperándola.

—¿Qué le diremos ahora? —suspiró el Azul muy asustado.

Y como estaban obligados a seguir su camino, desaparecieron por el cielo, en dirección al Sol, temblando como dos pequeñas chispas.

LA LUNA BAJO LA LLUVIA

La Luna nunca había sentido el ruido de la lluvia, no conocía el rumor de los bosques cuando cada hoja gotea; tampoco se había salpicado los zapatos de cabritilla blanca ni menos la falda y la cara. Al sentir el agua helada que corría por sus mejillas y sus manos, se asustó:

—¡Qué fría y oscura es esta tierra! —dijo temblando—. Siento que mi luz se enfría.

—Cúbrela bajo tu falda —aconsejó Yeumen.

—Yo te ayudaré con mis manos para que no se moje —ofreció Licán.

Pero la lluvia era tan penetrante, que la luz, regalo del Sol, aunque conservó su brillo, se fue enfriando sin remedio.

Desde ese día la luz de la Luna se heló para siempre. Así cuentan los antiguos.

Terminaron de bajar la montaña y corrieron a protegerse en una gruta que Licán conocía. Y toda la caverna se llenó de luz azul, mansa y radiante, aunque fría. La Luna estaba muy triste, pensando en lo que diría el Sol cuando supiera que había bajado sin su permiso al planeta ne-

gro y que su regalo había perdido el calor; pero los niños se sentían felices y saltaban por toda la gruta, jugando con sus nítidas sombras. ¡Hacía tanto tiempo que vivían en la oscuridad, que hasta habían olvidado que los cuerpos echan sombras!

Y mientras Yeumen y Licán trataban de consolar a la Luna, la luz de su farol resbaló fuera de la gruta y atravesó los bosques, llegando hasta las aldeas. Brilló en las aguas de los mares y de los lagos que se juntaban con los mares, y los hombres vieron de nuevo la deseada luz, aunque era fría y más pálida que la del Sol.

Pangal y Antú, que estaban muy intranquilos con la desaparición de sus hijos, siguieron el rastro de la luz y llegaron a la boca de la gruta. Deslumbrados, al comienzo no veían lo que ocurría adentro. Pero los niños descubrieron a sus padres y corrieron a echarse en sus brazos y a contarles sus aventuras.

Antú exclamó:

—¡Hijos! ¡Los espíritus protectores los han traído de nuevo junto a nosotros!

—¡Gracias que han vuelto sanos y salvos!

Yeumen contó luego:

—La Luna bajó con nosotros por la montaña para darnos la luz que el Sol le había regalado; pero la lluvia enfrió su fuego.

—Y por eso nos escondimos en esta gruta —agregó Licán—, porque el Sol se va a enojar cuando descubra que su luz se enfrió.

Antú se alarmó:

—¿Qué dices, niña? Sería terrible que el Sol se enojara aún más de lo que está, porque entonces todos moriremos de seguro.

Pangal tranquilizó a su amigo:

—La Luna bajó porque es compasiva. Goce-mos de la luz que nos ha traído, démosle las gra-cias a nuestra madre de la noche, que ilumina las aguas y las tierras.

—Yo creo que el Sol la va a perdonar —dijo Yeumen.

—Sí, porque ella bajó para consolarnos —gri-tó Licán.

—Pangal y yo cuidaremos a la Luna hasta que el Sol venga a buscarla —concluyó Antú.

Y tomando a la Luna de la mano, la conduje-ron a través de los bosques junto a las rucas, don-de la sentaron para que secara sus vestidos junto a una gran fogata. Y ella iluminó los valles y las cumbres que durante tanto tiempo estuvieron a oscuras.

EL ENOJO DEL SOL

Entretanto, en el cielo, el Sol dormía tranquilo en su palacio.

Los asteroides llegaron al pie de las escalina-tas doradas sin atreverse a hacer el menor ruido.

El Rojo susurró:

—El Sol aún no despierta.

—Sus puertas están cerradas, por suerte —dijo el Azul, más pálido que nunca. En el fon-do se sentía más responsable por ser el asteroide de la Luna.

—Cantemos para que despierte —propuso el Rojo.

—Ojalá lo haga de buen humor.

—La noticia que le daremos no es muy buena —dijo el Rojo.

—Tenemos que ser muy prudentes.

—¿Y cómo podremos serlo? —preguntó el Rojo.

—Contándole muy de a poco que la Luna, su mujer...

—Cállate, no digas nada —se asustó el Rojo.

—Bueno, bueno —dijo el Azul animándose un poco—, podríamos cantarle una canción de cu-na y así...

—Bueno, a cantar entonces.

Se pusieron a girar en torno al palacio ento-nando:

*"Duerme, duerme, duerme,
sueña con la Luna
un hermoso cuento.
Por una montaña
la Luna bajó,
sus pies se mojaron,
se manchó el vestido,
luego se enfrió.*

*Duerme, duerme, duerme.
Caía la lluvia,
la Luna lloraba
y no había nadie
que la consolara.
Duerme, duerme, duerme.*

No acababan de cantar el último "duerme", cuando el Sol abrió bruscamente sus puertas llenando el cielo con sus rayos. Estaba de muy buen humor.

—¿A qué están jugando los pequeños asteroides? —preguntó.

Pero ellos se taparon la cara, sin saber qué decir.

—¿Han hecho algo malo? —dijo el Sol con cara bonachona, dispuesto a perdonar las diabluras de los pequeños planetas.

Ellos negaron con la cabeza.

—Entonces —exclamó el Sol— quiere decir que ha pasado algo malo. —Y su cara ya no era tan alegre.

Los asteroides se apresuraron a indicar que sí.

—Y ustedes tienen miedo de que yo me enoje —agregó el Sol, poniéndose más rojo.

Los dos asintieron con más fuerza y se volvieron de espaldas.

—Ustedes estaban cantando algo... Tengo mal oído, ya lo sé, en cambio mi vista nunca me engaña.

Los asteroides se echaron a temblar, abrazados.

—¡Eso es, querían prepararme el ánimo! Si ustedes no quieren hablar, tendré que adivinarlo entonces! —gritó el Sol, molesto—. ¡Qué par de cobardes son, criaturas enclenques! A ver... ¡Se acerca un Cometa venenoso! No, no es eso. ¡Se reventó un planeta, apareció otro sol!

Los asteroides todo lo negaban, cada vez más nerviosos, viendo que el Sol enrojecía a cada ocurrencia.

—Se me pasó la mano con la lluvia de rayos ultravioletas, la Tierra cambió de órbita...

Al oír nombrar a la Tierra, los asteroides dieron un salto y miraron al Sol aterrados.

—¡Ah, por fin, ¿qué pasó con la Tierra?

—Nosotros no tenemos la culpa —balbuceó el Azul.

—Nosotros vimos, no más... Claro que la Tierra no se ve, la tapan las nubes y...

—¡Digan de una vez qué pasó con la Tierra! —rugió el Sol.

—Hace tiempo que no se ve... sólo una montaña, a veces...

—¿Qué pasa con sus montañas? ¿Hay algún volcán en erupción? —interrumpió el Sol ante los balbuceos del Rojo.

—No, no —tembló el Azul—, es que vimos la montaña de la Luna y...

—Ah, si no es más que eso... ¿Podrían ir a buscar a la pequeña Luna? Creo que está un poco atrasada y quiero saludarla.

Los asteroides volvieron a abrazarse con espanto.

—¿Cómo? ¡No me digan que le ha pasado algo a la Luna! ¡Y que tiene que ver con la Tierra! Ustedes van a hablar, si no quieren que los reviente.

El Rojo, más fuerte que el Azul, decidió empezar:

—Sí, padrecito Sol, la Luna bajó a la Tierra.

—¿Bajó a la Tierra? —bramó el Sol escandalizado.

—Tuvo pena de los hombres que hace mucho tiempo no te ven, padre.

El Sol se asustó un poco, y con el susto le dio más rabia:

—La Luna corre peligro en ese planeta lluvioso y oscuro, entre criaturas irresponsables. ¡Hasta pueden apagarla!

—Si quieres, yo la voy a buscar —ofreció el Azul.

—No, ustedes se apagarían antes que ella. Yo mismo bajaré a buscar a mi pequeña Luna y si los hombres le han hecho algún daño, ¡quemaré la Tierra, la incendiaré como paja, la reventaré como un cohete! ¡Uff!

Furioso el Sol se alejó, mientras los asteroides se quedaron tiritando de susto.

—¡Qué enojado está nuestro padre! —gimió el Azul.

—Por suerte se fue y no nos hizo nada —se consoló el Rojo.

—Pobre Tierra, cubierta de nubes, ahora sí que va a estar iluminada —comentó el Rojo.

Y como no tuvieran mucho más que hablar,

ambos se pusieron a limpiar los palacios del Sol y de la Luna.

El Azul se puso a sacudir el de su señora del polvo de las estrellas y el Rojo, a su vez, empezó a barrer las cenizas del palacio del Sol.

—¡Es tan fumador nuestro padrecito! —comentó, soplando delicadamente para no estornudar.

LA TIERRA SE PONE AZUL

Mientras en el cielo el Sol lanzaba chispas de preocupación y de rabia por lo que hubiera podido pasarle a la Luna, ella, en la Tierra, lloraba sin consuelo; había vuelto a la gruta y no quería salir de allí. Sus lágrimas se transformaban en luz azul, mientras canturreaba con tristeza:

*Ay mi anillo de oro,
mi anillo de Sol,
en hilo de plata
se me convirtió.
Me lo había dado
en prenda de amor.*

Yeumen y Licán corrían por la selva, sin temor.

—Mira, Licán, cada gota parece una luciérnaga. La Luna, con sus pies pequeños, las encendió —gritaba el niño contemplando las gotas de lluvia que pendían de las ramas.

—Ha dejado de llover, todo está lleno de un silencio nuevo, donde hay otras voces... ¿Oyes cómo galopa tu venado por el delantal de la Luna, como una sombra de cristal?

—Sí, lo oigo. Y tú debes oír cómo rasguña tu vizcacha los zapatos manchados de barro de la Luna —dijo a su vez Yeumen.

Entretanto, pueblos enteros desfilaban delante de la gruta, deslumbrados por la luz plateada que salía de allí; y dejaban regalos de toda clase, joyas de plata y vasijas de leche a los pies de la pálida Luna. Esto no la consolaba, sin embargo.

Algunos decían:

—Señora Luna, gracias por iluminar las aguas. Iremos a ver los peces que saltan en los mares y lagunas.

Y otros:

—Señora Luna, iremos por los caminos difíciles, cogidos de un rayo de tu mano, a divisar bajo las olas nuestros valles.

La Luna a todo consintió, pero les pidió a cambio:

—Si por el camino encuentran al Sol, háganle un saludo en mi nombre.

Los senderos de las montañas se llenaron de gentes que acudían a mirar las extensas aguas; y algunos navegaban en sus canoas, contentos de poder ver, por fin, el mundo azul que los rodeaba. Y se escuchaban cantos y risas por todas partes.

Pangal y Antú decidieron sembrar maíz a la

luz de la Luna. Cosecharían piñones plateados y avellanas rosadas.

De pronto, en medio de la fiesta y la alegría con que celebraban la luz fría de la Luna, cayó del cielo una espada de oro, un rayo muy fuerte que evaporó una laguna. Los peces quedaron saltando en el lecho de barro.

¡Qué miedo sintieron los indios! Licán y Yeumen corrieron a refugiarse en la gruta de la Luna.

—Arden los bosques y las zarzas —gritaron—. Una espada de oro nos persigue incendiando lagunas y cortando ramas verdes.

La Luna rió suavemente:

—No tengan miedo, ese es el Sol, que anda buscándome. Saldré a recibirlo y con mi luz fría se calmará.

La Luna salió de la gruta y extendió sus rayos suaves, buscando los del Sol. No tardaron en encontrarse, ella en medio del agua, él en la cumbre de una montaña. Se saludaron delante de los pueblos.

—Luna, mi pequeña Luna, por fin te encuentro —exclamó el Sol—. Pero ¡qué pálida estás! Tienes los vestidos mojados y las manos frías. Ven, vámonos al cielo, a mi palacio de oro para secar tus ropas y darle color a tu cara.

—Es verdad que tengo frío porque bajé la montaña y la lluvia enfrió mi luz; pero no te enojes, nadie me ha hecho daño.

—Te llevaré al cielo, y castigaré a la Tierra reventando sus volcanes por haber helado la luz que te regalé —relampagueó el Sol.

—Sería una injusticia y tú eres el padre de la vida. Yo misma quise bajar para dar un poco de luz a los pueblos mapuches.

—Siempre has sido un poco aventurera y porfiada —se quejó el Sol—; esta vez no perdonaré a los que han helado tu anillo de oro.

—No, no —suplicó la Luna—, si tú castigas a los indios, no volveré a mi palacio del cielo.

—¿Qué dices? ¿Me dejarás solo en el espacio inmenso?

—Por favor, comprende —pidió la Luna—, tú no puedes castigar a la Tierra porque la lluvia cayó sobre mí con su hielo. Tú y yo jugábamos felices en el cielo y nos olvidamos de la Tierra que se cubrió de nubes. Somos culpables, mi querido Sol.

Pero el Sol era muy porfiado y siguió alegando:

—¿Para qué necesitamos a la oscura Tierra, pequeña Luna, si somos tan felices en el cielo? Olvidémonos de ella, no nos hace falta.

Aquí la Luna veló su cara, con ligero enojo:

—Estás muy equivocado, señor mío. Mira a tu alrededor los hermosos colores de la Tierra, la variedad de sus seres, la música de sus infinitas gargantas. Oye, dueño de los planetas, las notas que canta la Tierra. Mira, una sola gota de agua es un mundo. Y una flor, ¿habías visto antes una flor?

Licán cortó una rama recién florecida y se la pasó a la Luna.

—Mira, tus rayos tibios acaban de hacer flo-

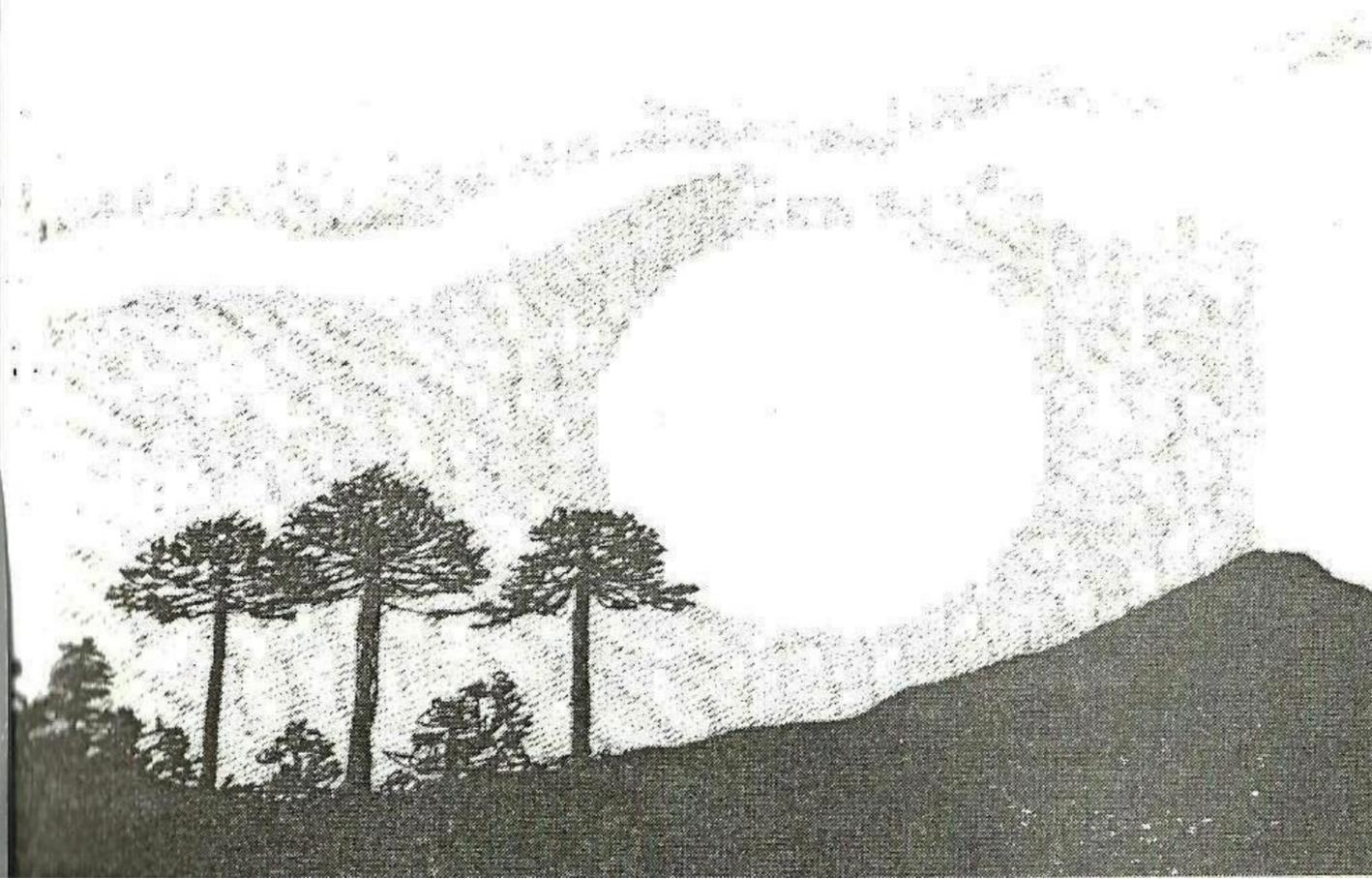
recer el arrayán. ¿te atreverías a secar algo tan hermoso?

—No, mi señora. Estoy empezando a descubrir la Tierra y veo que aquí todo es delicado. Cada criatura es más complicada que la relojería de los planetas.

El Sol y la Luna se pasearon mirando y asombrándose ante cada ser.

Y luego, los dos treparon por la montaña de la Luna y de un gran salto llegaron a su reino azul donde los esperaban sus palacios.

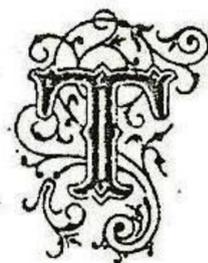
Desde entonces, cuenta la leyenda, nunca más el Sol y la Luna dejaron de alumbrar el día y la noche de la Tierra. Y la luz del Sol calienta y abriga, y la luz de la Luna quedó fría para siempre. Y en su cara blanca juegan un venado y una vizcacha que parecen manchas de sus mejillas.





EL ESPIRITU DEL LAGO

(Creencia mapuche)



ODOS los lagos y lagunas tienen su dueño —cuentan las antiguas leyendas—, un espíritu enamorado que persigue a las muchachitas araucanas. Cuando toma apariencia humana, sus cabellos crespos le forman una corona sobre la frente. Es de piel oscura, pequeño y ágil como una anguila.

Las aguas de los ríos tienen genios misteriosos que acechan a los hombres. Y dicen que las nutrias son las dueñas del mar y producen el ruido de las olas. A los que pretenden cazarlas, las persiguen, llevándoselas a las profundidades, desde donde jamás regresan.

Esto es lo que los antiguos cuentan, y puede creerse o no. Hay historias extrañas en cada lago del sur y una de éstas cuenta de cómo el espíritu de Millacol, que significa “agua de oro”, se enamoró de Imahue, la hija del cacique Lemunao, que habitaba con su tribu cerca de un lago.

Y sucedió así:

Todas las semanas Lemunao salía de pesca,

llevando de regalo un jarro de chicha al espíritu del lago para que le diera peces.

Sentado en su canoa, decía con voz fuerte:
—Ayúdame, señor del lago, junta y súbeme tus peces, que son mi plato favorito. Te invoco y derramo un jarro de mudái para que me des tus finos animales, hombre del agua.

Derramaba la chicha por la orilla y al poco rato los peces brillaban junto a la canoa. Lemunao los ensartaba con su tridente de uno en uno, hasta llenar un gran canasto. Daba las gracias al dueño del lago lanzando una flor a la superficie.

El cacique había prohibido a las mujeres acercarse al lugar, porque sabía que los genios del agua suelen robar a las más jóvenes y bonitas, haciéndolas sus esclavas. Para que no huyeran, el espíritu las convertía en pequeños patos, que llaman "hualas"; éstas no pueden volar sino rozando el agua y nunca se alejan del lago. Al zambullirse pían tristemente, recordando su vida de mujeres.

Lemunao tenía una sola hija, Imahue, de una belleza suave y pensativa. Por las tardes entretenía a su padre con canciones que contaban las hazañas de sus antepasados, y de los dioses, del cielo, de la vía láctea, a la que los indios llamaban "río del cuento" o "río del firmamento". Allá, en ese lejano río, los espíritus de los antepasados encienden sus fogatas formando las constelaciones, y vigilando desde arriba a sus descendientes.

Imahue sabía tocar también complicadas

flautas de caña, haciendo honor a su nombre que quiere decir "cañaverál".

Cada día inventaba nuevas melodías y en las noches invernales y en todas las grandes fiestas, Imahue relataba los hechos heroicos y tocaba en sus flautas melodías que consolaban de las enfermedades y sufrimientos.

Los pájaros llevaron en sus alas estas canciones hacia el lago y una tarde en que Millacol había salido a jugar en la superficie, inventando un palacio de nieblas, escuchó la dulce voz de Imahue que iba y venía por el aire.

—¿Quién canta? —preguntó a sus esclavas.

—Es Imahue, la hija de Lemunao —contestaron las aves, escondiendo sus cabezas bajo las alas, sabiendo que Millacol querría tener de esclava a la dueña de la voz y de las melodías.

Desde esa tarde, el espíritu del lago no descansó, levantando fuertes oleajes que impidieron salir a pescar al cacique y a su gente. Tanta turbulencia no dejó de llamar la atención y la "Machi", sacerdotisa de la tribu, agitó ramas de canelo mojadas en mudái por las orillas del lago para conjurar al espíritu inquieto.

Lemunao echaba de menos su plato favorito y se embarcó en su canoa, a pesar de las advertencias de la Machi. Las aguas parecieron calmarse y una gran cantidad de peces plateados brincó en torno a la pequeña embarcación. Lemunao se puso a pescar, luego de echar al agua numerosos jarros de bebida para aplacar a Millacol.

Cuando se preparaba para regresar con sus canastos repletos, se abrieron las aguas frente a él y surgió Millacol, vestido de algas, con los pelos enroscados como una corona sobre la frente y con los ojos amarillos como pepitas de oro. Al reír, mostraba dientes aguzados parecidos a los de las fieras.

Aunque Lemunao siempre respetó al espíritu del lago, nunca lo había visto y su aparición le causó espanto. Disimuló, sin embargo, para no disgustar a una criatura de apariencia feroz.

Una voz extraña, que parecía comunicarse directamente con su pensamiento, murmuró:

—Dame a tu hija Imahue, la de la voz maravillosa y siempre tendrás peces de plata en tu cocina.

El cacique se asustó aún más, pero dijo con calma:

—Imahue no es digna de ti, señor del lago. Su voz es hermosa, pero poco firme y su cara tiene manchas como la Luna. Además, su carácter es caprichoso y hace lo que quiere.

—No me interesa su aspecto ni me importa su carácter. La quiero por su voz y sus melodiosas canciones.

—¿Acaso tus pequeñas esclavas transformadas en hualas no cantan para ti y te dan su compañía? —argumentó el cacique, no hallando qué inventar para proteger a Imahue.

—Los gemidos lastimeros no son cantos, ni me dan compañía unas aves entristecidas. En

cambio tu hija haría resonar las aguas en torno a mi palacio y nunca me sentiría solitario como esos animales que aúllan en la montaña.

El cacique alzó su bastón de plata en señal de adiós, diciendo:

—Dame tres días para pensar, porque Imahue es mi única hija.

Y se alejó hacia la orilla con tranquila dignidad, mientras el señor del lago desaparecía riendo en las profundidades. Su espíritu salvaje era incapaz de comprender el amor humano en ninguna de sus formas, por eso no conocía los sentimientos tiernos, ni la piedad, ni la misericordia.

Lemunao se reunió con la Machi y toda la tribu para consultar lo que se podía hacer.

Imahue, al saber que el espíritu del agua quería llevársela a sus palacios sumergidos, lloró y se entristeció, porque la voluntad de los seres de la naturaleza es invencible en su indiferencia.

La Machi invocó a los espíritus protectores de la tribu de Lemunao: los árboles, el canelo y el coihue. Y también a los parientes muertos, que en forma de aves y pillanes los cuidaban de los peligros y embrujos.

Al segundo día, la Machi vio un águila blanca cruzar sobre las rucas y dirigirse hacia las montañas. Era una clara señal de que tendrían que emigrar a un lugar alto para salvar a Imahue, un lugar lo más elevado posible para que no los alcanzara el enojo de Millacol al comprender que Imahue no sería suya.

Abandonaron sus siembras, los árboles amados, sus rucas y tomaron lo más necesario para huir cuanto antes.

Iban trepando los primeros cerros cuando los bordes del lago se rompieron y una lengua de agua corrió tras ellos como un rayo y tocó los pies de Imahue, convirtiéndola en cañaveral.

Lemunao y su gente se transformaron en plantas y arbustos, gracias a sus espíritus protectores. Los niños muy pequeños se convirtieron en pececillos que huyeron rápidos hacia el centro del lago.

Emergió entonces Millacol y con sus manos de niebla removió las cañas mágicas, que entonaron extrañas canciones de un palacio de oro y de la melancólica belleza de las profundidades.

Las hualas prisioneras, al ver alzarse las cañas y oír sus musicales historias, volaron a ras del agua a refugiarse entre ellas. El roce de los tallos contra las plumas de las aves produjo sonidos únicos que hablaban de consuelo y amistad, de sentimientos puros y generosos que el espíritu del lago no podía comprender. Se sintió ajeno a ese amor de las cañas y las aves, y cubriéndose de brumas, huyó a su palacio sumergido.

Pronto el rumor de las canciones se extendió hacia los árboles vecinos, a las almas de Lemunao y su gente, convertidos en selva. Y por todo aquel lugar emergieron flores semejantes a miradas amorosas, a ojos humanos que se mojaban de

rocío, y las ramas de los coihues y canelos cubrieron de sombras protectoras las orillas.

Cuentan las antiguas consejas que el sitio se convirtió en una especie de paraíso donde todo el que atravesaba las quilas y tupidas enredaderas que lo rodeaban, sentíase lleno de una paz profunda, como si los hilos y antenas invisibles que tienen todos los seres se unieran por fin en una clara armonía.





PIÑONCITO

(Narrado por Rosario Concha, de la ciudad de Linares, y recogido por S. de Saunières, 1918)

E

N una quebrada, a los pies de la cordillera, vivía un hombre con su mujer, gente muy buena que ayudaba a los que eran más pobres que ellos. Tampoco eran ricos y vivían de su trabajo.

El hombre arriaba ganado y la mujer hacía tortillas que vendía a los que pasaban de viaje.

Sin embargo, la pareja estaba muy triste porque no tenían hijos.

Un día pasó por la quebrada un hombre ya viejo que caminaba con un bastón. La mujer, que estaba cerca, juntando pasto para Blanquita, que así se llamaba una cabra que tenía, vio al viejo y lo convidó a pasar al rancho.

Muy contento, el viejo entró a sentarse y se puso a contarle a la mujer que estaba muy cansado porque venía de lejos y que sólo había comido unos piñones que se había echado al bolsillo. La buena mujer, compadecida, le ofreció un plato de porotos y cuando el hombre se despidió, también le dio dos tortillas calientitas que sacó del horno. El anciano le dio las gracias y buscó

en su bolsillo por si tenía un cinquito; pero no halló nada sino un piñón y se lo pasó.

—Pido que Dios te bendiga por tu bondad. Este piñón será el padrino de tu hijo.

La mujer rió mucho ante estas extrañas palabras y le contó a su marido lo que el anciano le había dicho.

Poco tiempo después la mujer notó que estaba embarazada y a los nueve meses nació el niño; pero era tan pequeño, como del tamaño de un piñón, que lo llamaron Piñoncito.

Los padres estaban desesperados porque Piñoncito no crecía, pero lo querían mucho porque era muy inteligente. Cuando el padre subía a la cordillera y la madre iba de compras, Piñoncito se quedaba en casa y se ponía delante de la puerta como centinela.

Un día que su madre salió para buscar leña con que prender el horno, prohibió a su pequeño hijo que saliera; pero él desobedeció y escapó para jugar. Trató de escalar lo que para él era un peñasco y en eso empezó a llover muy fuerte y para no mojarse Piñoncito se acurrucó debajo de una callampa.

Llovió mucho tiempo y el pobre niño no se atrevía a salir de su refugio por temor a ahogarse. En esto pasaron unos arrieros con sus mulas; uno de ellos recogió la callampa y la puso bajo su poncho pensando comerla más tarde. Calientito iba Piñoncito y sin decir palabra.

Como venía la noche, los arrieros se metieron debajo de una gran roca que formaba una

caverna y prendieron fuego para calentarse y asar un trozo de carne que llevaban. El que había recogido la callampa quiso asarla y la puso al fuego.

—¡Ay, que me quemo, ay que me quemo! —gritó una vocecita.

Era Piñoncito que gritaba.

—¡Caracoles! —dijo uno de los arrieros—. ¿De cuándo acá hablan las pulgas, ahora?

—¡Ay, que me quemo! —volvió a chillar Piñoncito.

Entonces, el hombre, algo molesto, tiró a un rincón el pitillo que fumaba y sin más sacó la callampa del fuego y empezó a comerla. Piñoncito le dio un mordisco en los labios y el hombre, no sabiendo qué bicho le picaba, tiró la callampa lejos.

Vino a caer cerca de las mulas y como tenían hambre, una de ellas se comió la callampa, tragándose también a Piñoncito, que de este modo se encontró en el vientre de la mula.

Al amanecer, los arrieros emprendieron el viaje con sus animales. Piñoncito no se sentía muy a gusto en su encierro, porque casi no podía respirar. Se preguntaba cómo iba a salir de allí; pero todo se arregló muy bien porque la mula sintió cosquillas en las tripas mientras Piñoncito le gateaba por dentro, y tuvo ganas de hacer sus necesidades. Con ellas salió al aire el pequeño, todo sucio y de mal olor, pero muy contento de estar en el mundo de nuevo.

En esto pasó un pájaro grande que buscaba

pajas para hacer su nido. Cogió a Piñoncito y lo llevó montaña arriba, a una roca donde tenía su nido. Cuando el pájaro lo dejó, el niño buscó algo para comer. Como era tan pequeño, necesitaba muy poco para estar satisfecho. Comió pastitos, flores, de todo lo que encontraba, hasta raíces dulces.

Mientras tanto, el pájaro había sacado sus polluelos y en el nido piaban sin parar dos pajaritos nuevos.

Piñoncito se escondió entre ellos y cuando la madre traía algo para comer, el niño abría la boca y también le tocaba alimento.

Los pajaritos iban creciendo y Piñoncito, teniendo pan, techo y abrigo siempre estaba cerca del nidal. Un día vio a una serpiente que trepaba a la roca con la intención de comerse a sus casi hermanos; todavía no sabían volar y se pusieron a piar desesperadamente al ver acercarse a la culebra.

Piñoncito sintió pena por lo desamparados que estaban y pensó:

“Cómo llorará su madre cuando no los encuentre en el nido.”

Se acordó entonces que guardaba entre sus ropas una aguja que le servía de espada. Se escondió junto al nido y cuando la serpiente sacó la lengua para pillar a los pajarillos, él, con su aguja, se la atravesó. Del dolor, el animal cayó de la roca y se despeñó por el barranco.

La madre de los pichones llegó en ese momento y vio todo lo que había hecho Piñoncito.

Le dio las gracias en su lenguaje de ave y el niño le contó sus aventuras, porque al ser medio duende, comprendía lo que hablaban los animales.

Para corresponder a lo que había hecho por sus hijitos, el pájaro cogió a Piñoncito de sus vestidos y emprendió el vuelo para llevarlo a su casa. Cuando estuvo cerca, lo dejó en el suelo y le dijo:

—Toma este hueso de gigante que encontré en las altas cumbres de la cordillera. Te frotarás el cuerpo con él y crecerás como los demás niños.

Tomó el hueso Piñoncito y apenas se lo podía. Cuando estuvo de nuevo en su casa, se lo pasó por el cuerpo.

Su madre había salido y cuando regresó, se quedó maravillada al ver a su niño, pero transformado ahora en uno hecho y derecho, grande como los niños de su edad.

Luego que se abrazaron, llorando de alegría, él le contó sus aventuras, las que han pasado de boca en boca y se han hecho famosas en todo el mundo.





EL ZORRO Y EL CANGREJO

(Adaptación de un relato de Ramón Trincáu, recogido por S. de Saunières)

HACE muchos años de esto. Había un Zorro viejo y muy diablo que siempre ganaba las apuestas que hacía. Una tarde, por el puro gusto de vanagloriarse de su astucia, pensó:

“Buscaré a alguien para hacer una apuesta y estoy seguro de que ganaré, como siempre.”

Se fue corriendo por el bosque, preguntándose con quién podría competir.

Al primero que encontró, fue a un cucaracho; pero el bicho ni siquiera lo escuchó, metiéndose rápido bajo la hojarasca.

En seguida se topó con el Sapo, pero éste, que sabía todas las maldades y pillerías del Zorro, tampoco quiso apostar con él.

Muy enojado al ver que ninguno de aquellos pequeñuelos aceptaba competir, llegó hasta la orilla del mar. Se sentó en la playa y de pronto surgió de la arena un pequeño Cangrejo. Al Zorro le hizo gracia que caminara para atrás y de inmediato decidió apostar con él, seguro de su ganancia.

—¿Quieres apostar conmigo quién llega primero a la punta de aquel cerro?

Y el Zorro le señalaba un monte de regular tamaño.

—Bueno, acepto —contestó el Cangrejo, sin hacerse de rogar ni un segundo—. Te doy ventaja —añadió—, tú partirás primero.

Se pusieron en línea y partieron; dicen que el Zorro iba riéndose de la tontería del inocente bicho.

Durante un buen rato el Zorro se adelantó, con la cola arrastrando casi el suelo. De vez en cuando se daba vuelta por si divisaba a su competidor, aunque estaba seguro de que apenas habría avanzado, con su torpe manera de ir retrocediendo.

—¡Ja!, ése no levanta ni polvo —comentó riendo.

Y continuó trepando muy calmado. Al borde del sendero había murtas y otras frutas y se dispuso a refrescarse.

Así pasó un buen rato. Más allá encontró un nido de pájaros con huevitos y se detuvo a comérselos.

—¡Pobre Cangrejo! ¡Jamás me alcanzará! —murmuró, mirando hacia lo lejos.

Como le diera sed, bajó a una quebrada y tomó una gran cantidad de agua fresca.

Al subir, volvió a mirar si venía el Cangrejo y divisó allá, muy atrás, algo que se movía.

—¡Qué tonto es el pobre! —rió.

Una risita rara le hizo eco, pero como no vie-

ra a nadie, siguió trepando hasta la cumbre del cerro.

—Aquí voy a esperar que llegue ese Cangrejo presumido, que se atrevió a hacer una apuesta conmigo —dijo el Zorro.

Desde atrás, una voz lo sorprendió:

—¡Vaya, amigo, cuánto te has demorado! Me llegué a quedar dormido esperándote.

El Zorro se dio vuelta, electrizado, y vio a sus pies al Cangrejo.

—¿Cómo, cómo? ¿No fui yo el que llegó primero? —exclamó.

—No, compañero, mientras tú comías murta, y saqueabas un nido y tomabas agua, yo corría y te iba pasando. Así gané la apuesta.

Y el Cangrejo, parado en sus patitas, agitaba feliz sus tenazas.

Si el Zorro se hubiera fijado, habría visto que en esas tenazas se enredaban unos pelos suyos, de los que tenía en la cola; pero estaba demasiado sorprendido para poner atención en otra cosa.

—Es verdad que me entretuve en el camino —confesó muy compungido.

—Mira, hermano, yo tenía mucha hambre y sed, creo que la apuesta no vale si uno de los apostadores está en malas condiciones. Hagamos otra apuesta, ahora de bajada, hasta esa roca que está a la orilla del mar.

—Acepto —dijo el Cangrejo con voz segura—, pero déjame descansar un rato, porque fue demasiado lo que me apuré.

Se sentó a esperar el Zorro que el Cangrejo echara su siesta.

Al rato despertó el de las tenazas y anunció que estaba listo. Partió el Zorro sin notar lo que llevaba prendido a la cola.

Esta vez corría sin pararse a comer murtas, ni robar nidos ni tomar agua. Ni siquiera miraba para atrás.

—Esta vez sí que ganaré —iba diciéndose. Pero cuando el Zorro se sentó en la roca, en medio del mar, el Cangrejo, saltando de la cola, lo increpó:

—¡Nunca creí que te demoraras tanto! Se nota que estás viejo. Pensé que te habías perdido.

El Zorro se enfureció al ver que el pequeño Cangrejo le había vuelto a ganar.

—Yo llegué primero —alegó.

—No hagas trampa, amigo, hace rato que te estoy esperando y debes reconocer ante todas las criaturas de la selva y del mar que yo soy el ganador.

—No lo permito —aulló el Zorro mostrando los dientes, mejor dicho, los que le faltaban.

En eso sintió un feroz picotón del Cangrejo, que lo hizo dar un brinco con tan mala suerte, que cayó de cabeza al mar.

Y mientras el Zorro pataleaba tragando agua amarga, el Cangrejo volvió a esconderse entre la arena, satisfecho de haber sido, por una vez, más astuto que el Zorro.

APENDICE

Creemos de interés entregar la leyenda originaria para los que deseen conocer las fuentes en que se basaron las adaptaciones escritas para los niños.

La mayoría de las que forman este volumen se inspiran en las citas del "Diccionario Comentado Mapuche-Español", de Esteban Erize, editado por el "Instituto de Humanidades, Universidad Nacional del Sur", en Buenos Aires, 1960.

La gente de la tierra

Nótese que la historia comienza figurando un diluvio que hace desaparecer a la antigua raza, para renovarla a través de los niños y la fuerza pura de los animales totémicos, el puma y el zorro.

Los grandes cambios climáticos, así como los terremotos que hacían desbordar lagos —como ha sucedido incluso en nuestro tiempo, año 1960, en la zona de Valdivia— hacen plausible este diluvio mapuche donde también figura un arca arrancada a la prehistoria, el coihue donde vienen los animales y que los salva a ellos y a los niños.

"La gente de la tierra" se basa en la siguiente cita del libro "Epopeya india" del Padre Redentorista Emilio Rafael Housse:

"Un indio del llano fue a la montaña llevando a sus hijos, niño y niña, a grupas de un lanoso guanaco a coger piñones para el invierno. En la recolección sobrevino un cataclismo, invadiendo el mar las tierras bajas y desbordándose los ríos. Las olas subieron hasta una saliente rocosa en que la atemorizada familia se guareciera; por desgracia el padre resbaló y se lo tragó el abismo. Poco después un enorme coihue desarraigado chocó contra la granítica pared, y del tronco saltaron a la roca un león y una zorra que en nada dañaron a los huerfanitos, muertos de miedo. Cierto que al bajar las aguas sintieron las fieras instintos de devorarlos, pero eran tan pequeños y lloraban tanto, que se compadecieron y el puma los transportó en sus lomos a su antro, en el que los dos carnívoros los alimentaron con el producto de sus cacerías. Con el tiempo llegaron los cuatro a vida común, y de ahí viene la raza araucana y cómo los mapuches adquirieron la fuerza del león y la astucia de los zorros."

Leyenda de las lamparitas

Romeo Salinas, autor de "Bajo la sombra del canelo", descubrió esta original tradición sobre el origen del copihue. Aquí, el rojo de las flores se

atribuye al fuego y no a la sangre india, como es la común creencia.

El Huecufü es una especie de demonio y brujo al que obedecen los espíritus malignos. Causa toda clase de males y enfermedades, por lo que los indios solían celebrar una fiesta para desagraviarlo y evitar los daños que era capaz de hacer.

El Cheruve, en cambio, que también figura en la adaptación para enriquecerla, era un ser fabuloso, espíritu del fuego. Podía aparecer en forma de aerolito o de erupción volcánica. Según Rodolfo Lenz, era un gigante que se robaba a las niñas indígenas para devorarlas. Si le negaban una víctima, se vengaba secando los ríos y sentándose sobre peñascos para moverlos y hacer temblar la tierra.

La leyenda, según Romeo Salinas, es la siguiente:

"Cuéntase que el Huecufü que habitaba en los altos picachos descendía a los valles para realizar sus tropelías y embriagarse con el "mudái" que robaba a los indios. Para no extraviarse durante el regreso, tenía la precaución de colgar de las ramas de los bosques miles de campanitas encendidas con el fuego de la cima de los volcanes, mas como iba bastante ebrio, las dejaba prendidas en los senderos de la montaña. Pero un día fue vencido por los espíritus protectores y aunque suplicó que le permitieran llevar sus luminarias para alumbrarse en su destierro, no fue oído. He aquí el motivo por qué quedaron las rojas flo-

res del copihue colgando como campanitas en la espesura de las selvas."

Las dos serpientes de la tierra del sur

En la adaptación que hicimos del mito de las serpientes, se fundieron varias leyendas que en forma figurativa relatan los cataclismos provocados por el levantamiento de la cordillera de los Andes y por el hundimiento de la costa, lo que causa terremotos y maremotos, inundaciones y cambios en la configuración de la tierra del sur.

Según los primeros cronistas, los mitos de las serpientes son auténticamente mapuches.

Alguien pudiera hacer un alcance entre esta leyenda y la Torre de Babel; tal vez este mito de las serpientes sea el único que se aproxima, entre las creencias mapuches, al de la Torre, por la elevación de la montaña hacia el sol y de cómo a los hombres se les quemaba la cabeza, muriendo muchos de ellos.

La tradición más breve y antigua relata que "una serpiente, Treg Treg o Tren Tren, había advertido a los hombres del peligro; y la otra, Cai Caivilu, que venía de lugares bajos y era enemiga de los hombres, había hecho salir el mar. Aquélla los protegería de la inundación, elevando con su lomo la montaña, y ésta los hostilizaba levantando el nivel de las aguas. Pocos lograron salvarse después de infinitas penalidades. El agua alcanzó al mayor número, que se convirtieron en peces y rocas." (R. P. Rosales).

El pequeño Zorro hambriento

Los mapuches admiraban especialmente la astucia del zorro y tenían muchos relatos sobre este animal. Seleccionamos uno recogido por el argentino Gregorio Alvarez, autor de "Pehuen Mapu" y "Donde estuvo el Paraíso".

"El zorro imita el croar del sapo, porque le robó su voz. Y esto sucedió así: el zorro, que andaba muy hambriento, necesitaba arrimarse donde estaban los pájaros para cazarlos sin hacerse sentir, pues éstos estaban muy vigilantes. Para dicho efecto, pidió prestada su voz al sapo. Y el sapo accedió. El zorro fue a croar donde estaban los pájaros y éstos al sentir tan simpático canto, creyeron tener cerca su comida; y mientras se re-lamían pensando hacer una buena presa, el zorro se acercó sigilosamente y pudo echarles el zar-pazo mortal y comerlos. Cuando comprobó cuán útil le era la voz del sapo, no se la quiso devolver y así fue como quedó éste con una voz de poco aliento. De este tiempo también data que los sapos sean enemigos de los zorros y se escondan rabiosos cuando oyen el audaz "cua cua" del ladrón, doblemente sinvergüenza porque se vale de un recurso tan inicuo para engañar a sus víctimas."

Cuando el Sol y la Luna olvidaron la Tierra

Esta leyenda de origen "ranculche" se sitúa al sur de Buenos Aires y fue recogida por Lehman

Niestche. También recuerda un diluvio y a través de sus imágenes se puede deducir un antiguo rito de adoración al Sol y a la Luna. Sugiere tiempos antiquísimos, lo que aumenta su belleza y misterio.

“Antes, la Tierra era toda agua y los pobres indios tuvieron que refugiarse en las montañas para no morir de hambre. Llovía con fuerza y era de noche. Y también en las montañas se refugiaron los avestruces, los peludos y los guanacos, y así tuvo el indio de qué alimentarse. Y como los indios tenían que pasar de un cerro a otro para buscar leña y el aire era negro, pidieron al Sol que les alumbrara el camino durante la noche para no ahogarse en las lagunas que habían formado las lluvias, y que impidiera que los espíritus de los muertos malos entraran en el corral de los muertos. Y el Sol mandó a su mujer, la Luna, que fuera a los cielos y desde allí alumbrara a los indios de la Tierra e impidiera que el espíritu de los muertos malos entrara en el corral de los muertos. Y como la Luna se puso en camino durante la lluvia, llevando el fuego en sus manos, éste se enfrió en el camino y por eso la Luna alumbra con luz fría, no tiene calor. Y así los espíritus malos no pudieron entrar en el corral de los muertos y quedaron errando por el aire. Y cuando las aguas bajaron, los indios se fueron a vivir en los campos donde hay pastizales y donde viven los avestruces y los guanacos.”

El espíritu del lago

Según el R.P. Ernesto Wilhelm Moesbach, los mapuches creían en un ser mitológico de los lagos y lagunas que llamaban el “chompalhue”, que quiere decir: “chompü”, cresco, y “alhue”, espíritu o alma. Lo de cresco se nos ocurre que puede ser por las ondulaciones de las aguas. El “chompalhue” era muy moreno y pequeño y además, enamorado.

Cuenta Moesbach: “En la leyenda del lago de los Ensueños, el patito “huala” es la transformación de una niña mapuche robada por el “Chompalhue”, dueño del lago, cautiva de ese mismo lago, pues el huala no vuela ni anda, sólo se zambulle emitiendo un sonido lastimero”.

Dice el Diccionario ya citado que la nutria, llamada “chinchimen”, era la dueña del mar, según la creencia indígena, y producía el ruido de las olas. Si alguien caza dicho animal, el que tiene la forma de gato marino, el mar sale de su cauce y lo persigue hasta alcanzarlo y lo lleva al fondo si no larga su presa.

Otro de los mitos que se encuentran en la adaptación de “El espíritu del lago” es el destino de las almas de los muertos. Según Moesbach, cuando un pariente moría, su alma permanecía en los lugares que habitó, cerca de los vivos; por eso en sus tumbas les dejaban sus pertenencias y víveres. Más tarde se convertían en pillanes, que son espíritus que están en diferentes lugares, según lo que prefieren: en las nubes, truenos, re-

lámpagos, en los volcanes o bajo tierra, transformados en seres pequeños y oscuros que trabajan minerales preciosos. También estas almas solíanse transformar en pájaros que indicaban la suerte a los parientes vivos que protegían.

La Vía Láctea la llamaban "río o cuento del cielo". Allí iban las almas de los antepasados que ya nadie recordaba. El infinito número de los astros, según la mitología mapuche, lo constituyen las almas de los antepasados que encienden sus fogones en el cielo para recordar desde allí que perviven, velando por sus descendientes.

Piñoncito

Este cuento fue recogido por S. de Saunières de labios de Rosario Concha, natural de Linares. Figura en la *Revista de Historia y Geografía*, tomo 26, del segundo trimestre de 1918.

Según el mismo Saunières, el personaje de "Piñoncito" está entre los más populares de la literatura universal, bajo otros nombres. En Francia es "Petit Poucet" y "Pepileret" (pepinillo); en Italia, es Fagiolino (porotito) y Cecino (garbancito); en España, Navarra, Puñadito, y en Cataluña, Migajita, etc.

Andersen escribió "Pulgarcita", un ser pequeño y mágico, que tal vez procede de las historias beduinas de una niña duende, muy pícara.

Para Chile es "Piñoncito", fruto apreciado por los mapuches de la zona cordillerana donde crece la araucaria.

En el ser humano hay una imaginación de lo pequeñísimo y de lo gigantesco, y de hecho en el cuento "Pulgarcito" de Perrault se dan los dos extremos. El pequeño es un personaje que se presta para crear las más fantásticas y variadas aventuras, en las que no dejan de primar el humor y la picardía, como en el cuento que presentamos en este volumen y que apenas fue retocado para darle mayor fluidez.

El Zorro y el Cangrejo

Este cuento fue narrado por Ramón Trincau, natural de Río Bueno, a S. de Saunières, quien lo publicó en la *Revista de Historia y Geografía*, tomo 19, tercer trimestre de 1916.

Los mapuches gustaban mucho de contar cuentos, y uno de sus personajes favoritos era el Zorro, como hemos dicho anteriormente. Sin embargo, Saunières estima que este cuento proviene de Europa y fue adaptado por los mapuches de entonces.

Se hizo una adaptación mayor, en el caso de esta pequeña historia, con leves variaciones para hacerla más atractiva a los niños.

A. M.

ALICIA MOREL

Nació en 1921 y fue la mayor de sus hermanos. Desde pequeña le contaron cuentos y más tarde se fascinó con los textos e ilustraciones de *El Tesoro de la Juventud*; así comenzó a desarrollar la imaginación, y no es difícil adivinar la influencia de sus lecturas en su labor de escritora.

Como sorpresa, al cumplir dieciséis años, su padre hizo imprimir doscientos ejemplares con sus primeros intentos literarios, en un librito que se llamó *En el campo y la ciudad*. En 1940 publicó *Juanilla, Juanillo y la abuela*, novela infantil ambientada en el Cajón del Maipo. "Nací escritora para niños" —confiesa.

Los *Cuentos de la hormiguita Cantora y el duende Melodía* nacieron en Radio Chilena, en 1954, como libretos radioteatralizados. Estos relatos fueron grabados por Odeón en tres discos 45 y más tarde vieron la luz en *El Peneca*, editándose finalmente en forma de libro en 1956.

Por breve tiempo fue presidenta de IBBY (Organización Internacional para el Libro Juvenil), y a fines de 1968 se trasladó por cuatro años a la ciudad de Valdivia. Allí escribió *El increíble mundo de Llanca*, novela donde se muestra la naturaleza sureña. También descubrió en esa zona algunas leyendas mapuches, que más tarde se convirtieron en los *Cuentos araucanos. La gente de la tierra*, obra incluida en la Lista de Honor de IBBY en 1983 y que,

además, recibió una distinción de parte de la Municipalidad de Santiago. Anteriormente, *El increíble mundo de Llanca* también se había hecho merecedor de un lugar en esa Lista de Honor y de un premio de la Asociación de Amigos del Libro.

En los alrededores de Valdivia recogió los *Cuentos de la lluvia*, relatos auténticos que escuchó de labios de una "nana".

A fines de los años 70, Marcela Paz invitó a Alicia Morel a escribir en conjunto. *Perico trepa por Chile*, un notable proyecto ideado por la creadora de Papelucho.

El teatro para niños y los títeres han sido otra faceta de esta autora, y para ellos creó *La flauta encantada*, publicada por Editorial Andrés Bello, y *Hagamos títeres*.

Más adelante vinieron las recopilaciones de leyendas americanas, algunas de las cuales aparecieron en *Cuentos y leyendas iberoamericanos* y otras integran el volumen *Leyendas bajo la Cruz del Sur*, editada bajo el sello Andrés Bello en 1996.

"Las leyendas y mitos de las Américas son nuestros auténticos y originales cuentos de hadas", opina Alicia Morel, y siguiendo la inspiración de los relatos fantásticos que la acompañaron en su niñez, escribe *La era del sueño* y *El viaje de los duendes al otro lado del mundo*.

Alicia Morel continúa escribiendo historias imaginarias: "Lo maravilloso —dice— nos hace entrar de manera más profunda e indolora en la realidad, que siempre nos sobrepasa con su complejidad infinita".

GUIA DE TRABAJO

I. COMPRESION DE LECTURA

Responde las siguientes preguntas:

1. ¿Por qué las cualidades más importantes de los mapuches son la fuerza y la astucia?
2. ¿Cuál es el origen de los copihues, según la leyenda de las lamparitas?
3. ¿Qué fuerzas representan las serpientes?
4. ¿Cómo logra cazar el pequeño zorro hambriento?
5. ¿Por qué la luz de la luna no da calor?
6. ¿En qué se transformaron Lemunao y su gente? ¿Por qué?
7. ¿Cómo alcanza Piñoncito su estatura normal?
8. ¿Cómo vence el cangrejo-al zorro?
9. ¿Qué valores posee el pueblo mapuche?
10. ¿Qué enseñanzas dejan las leyendas?

II. ACTIVIDADES

1. Vocabulario

Busca el significado de las siguientes palabras y haz un dibujo relacionado con cada una de ellas.

tea
gruta

cururo
vasija

asteroide
cachorro

2. Ortografía

- a) Acentúa gráficamente los siguientes fragmentos:
- La verdadera igualdad solo se consigue en el amor de los amigos -concluyo el Puma, dando un suspiro por lo mucho que había pensado.
- El Zorro obedecio abriendo todo lo que pudo sus afiladas mandibulas. El Sapo se inflo, lanzando una sola nota muy sonora que temblo en el aire como un globo de oro y se deslizo luego por la garganta del hambriento, atragantandolo.
- b) Completa con *b* o *v* las palabras que aparecen a continuación:
- ol__idar hom__re her__ir pro__ar escar__ar
re__entar mal__ado so__resalto __ailando in__isi__les

3. Puntuación

Recuerda el uso de la coma en las enumeraciones. Pon las que son necesarias en el párrafo que transcribimos, e inventa dos oraciones en las que también se presenten enumeraciones.

"Detrás de los indios iban sus perros sus guanacos sus pavos sus gallaretas sus pudúes entre ellos el venadito de Maitú. También huían los animales salvajes los pumas los zorros las güiñas las liebres los cururos y todas las aves de la tierra y del mar".

4. Gramática

- a) Identifica el sujeto y el predicado de las oraciones que siguen:
- La serpiente mala se llamaba Cai Cai.
 - La vizcacha escapó de los brazos de su ama.
 - Ambos niños llamaron largamente al venado.
 - El rumor de las canciones se extendió hacia los árboles vecinos.

- El Puma y la Chilla salieron de sus madrigueras.
 - El Hacedor de lluvias reía con largos truenos.
 - Aquello crujía y raspaba la piedra.
 - Los amigos son como hermanos.
- b) Elige tres personajes de los cuentos y caracterízalos con tres adjetivos calificativos.

5. Dramatización

- a) Con un grupo de amigos dramaticen una de las leyendas. No olviden el vestuario y el maquillaje.
- b) Selecciona una leyenda, léela con atención y relátala en tu casa a tu familia, o a tus amigos y compañeros en el colegio.

6. Investigación

- a) Investiga acerca de los mapuches y sus costumbres. Prepara una pequeña exposición con mucho material gráfico: láminas, fotografías, dibujos, libros...
- b) Averigua si en alguno de los puntos de Chile donde has estado, hay antiguas leyendas.
- c) Selecciona tres animales que figuren en los cuentos. Averigua sobre su vida y sus costumbres.
- d) Investiga qué palabras que utilizamos hoy, provienen del idioma mapuche.

7. Otras actividades

- a) Crea una leyenda que explique el origen de un árbol que tú conozcas.
- b) Escribe una lista de animales que aparecen en este libro. ¿Encontraste uno o más de uno que no conocías? Investiga sobre ellos.

8. Verdadero o falso

Señala con una V la afirmación que consideras verdadera y con una F la que te parezca falsa.

- a) Pangal tenía una hija llamada Licán.
- b) El toqui Pangal dijo a su tribu que tenían que hacer una gran fogata para que el Sol volviera a iluminarlos.
- c) Cuando el Zorro y el Cangrejo corrían carreras, ganaba siempre el Cangrejo porque el Zorro se desviaba a menudo del camino.
- d) El Rojo y el Azul llevaban una muy buena noticia al Sol.
- e) La Chilla es una zorra llamada así por su forma de aullar.
- f) El Sapo le prestó su voz al Zorro para que se comiera los patos de la laguna.
- g) El hombre tenía hambre y al comerse la callampa se comió también a Piñoncito.
- h) El espíritu de Millacol se enamoró de Imahue, la hija del cacique Lemunao.

RESPUESTAS

- | | | | |
|----|------|------|------|
| 8. | a) F | d) F | g) F |
| | b) V | e) V | h) V |
| | c) F | f) V | |